

MUGERES DE LA REVOLUCION FRANCESA.



LA REINA DE FRANCIA MARIA ANTONIETA.

23 de marzo de 1848.

TOMO VI. 7

LA REINA DE FRANCIA

MARIA ANTONIETA.



Infinitas veces se ha hablado respecto á esta célebre reina, y sin embargo no nos ha parecido á nosotros fuera de propósito consagrarle también algunas líneas. En vano será que nos esforcemos para emplear un len-

guage, como llaman los retóricos, florido, porque no podrá menos que marchitarse y palidecer delante de esta princesa, la mas desgraciada y la mas digna de veneracion de los tiempos modernos. Su hermosura ¿no es superior á los mas aventajados pinceles? ¿su grandeza á todos los homenajes? ¿y su martirio en fin, á todos los elogios? No existe mas que una manera de glorificar á una reina como Maria Antonieta, y de santificar á una muger como ella; esta manera consiste, en dejarla que ella misma se retrate, refiriéndonos su vida, la mas sencilla del mundo, pero tambien la mas interesante; no tenemos otra pretension en esta rápida ojeada que vamos á hacer sobre el destino de Maria Antonieta.

Nació en Viena el año de 1756, digna hija de aquella emperatriz que hacia esclamar á sus fieles húngaros «¡Muramos por nuestro rey Maria Teresa!» Maria Antonieta dió principio á su vida real en medio de una tormenta que debia producir un horrible volcan; cuando se casó con el jóven Luis XVI, entonces Delfín de Francia, era ya la mas hermosa princesa del mundo, y su singular belleza fué acrecentándose hasta la época en que Lamartine la pinta con esta admirable concision. «Era grande, dice, de rostro animado.... una verdadera hija del Tyrol. Los dos hijos que habia dado al trono, lejos de marchitarla, añadieron á la agradable impresion de su persona, aquel carácter de magestad maternal, que tan perfectamente cuadra á la madre de una nacion; el presentimiento de sus desgracias, el recuerdo de las trágicas escenas de Versailles y sus frecuentes inquietudes, hicieron decaer un tanto la primitiva lozanía de su juventud: la magestad natural de sus modales no arrebatava nada á la gracia de sus movimientos; su cuello y casi desnuda espalda, tenian aquellas magníficas inflexiones que dan tanta espresion á las actitudes; sentíase la muger bajo su carácter de reina, advertíase la ternura de su corazon bajo la magestad de su porte. Sus cabellos, de un rubio apagado, eran largos y sedosos; en su frente resplandecia aquella sublime brillantez y el carácter particular que revelaba en ella altos pensamientos, y una exquisita sensibilidad; sus ojos eran de azul claro, que traían á la memoria el cielo del Norte, ó las aguas limpidas del Danubio; la nariz un poco aguileña, la boca aun cuando no muy pequeña,

graciosamente entreabierta para mostrar sus hermosos dientes; su rostro en general era un poco ovalado y la fisonomia movible, espresiva y apasionada; el conjunto de sus facciones participaban de un brillo extraordinario y atractivo, y difícil de poderle describir. A todos estos encantos, reunia los de poseer un alma alterada por los sufrimientos de las personas que la rodeaban un corazon siempre dispuesto á conmoverse; distinguíase en su rostro una perpétua sonrisa llena de inteligencia; tenia preferencias, intimidades hácia ciertos seres, porque se sentia digna de la amistad. «He aquí á Maria Antonieta como muger.»

Como reina, pero como reina absoluta, no era menos cumplida; veinte años antes hubiera sido el ídolo de los mismos que la martirizaron; nadie reinaba con mas magestad, ni mandaba con mas gracia, ni daba mas precio á una palabra, á un gesto, á una sonrisa, ni sabia mejor ligar la finura del entendimiento con la delicadeza del corazon, la dulzura con la firmeza, la familiaridad con la grandeza. Si no hubiera tenido mas ocupacion que sostener su corona, que dirigir una corte, que prodigar favores y beneficios, nunca hubiese hallado un enemigo, y hubiera eclipsado á cuantas reinas la precedieron; pero el papel de reina constitucional no podia adaptarse á su carácter; convirtió en terribles defectos sus mas bellas cualidades. Archiduquesa del imperio de Austria, eterno enemigo de la Francia, su nombre solo la hacia sospechosa á la corte, antes de presentarla odiosa para con el pueblo; porque, necesario es decirlo, los primeros golpes, y acaso los mas funestos, procedieron de sus cuñados, y sobre todo del conde de Provenza; su misma familia la habia ajado cuando fué decapitada por sus súbditos. En tanto que los puritanos de la antigua etiqueta vituperaban su amor hácia sus inocentes desahogos, los compañeros de estos mismos placeres, últimos favoritos de la Dubarry, que no podian creer en los placeres honestos ni en las castas afecciones, se divertían chanceándose con la bondad del rey, con los favoritos de la reina, con las lindezas de Trianon, y prepararon aquella mina de misteriosas calumnias que estalló bajo del trono y hasta bajo el cadalso de la Austriaca. La mayor prueba de virtud de Maria Antonieta es su desprecio por los rumores que la acusaron; lejos de condenarla su misma prudencia, la justifica. Conservó la confianza y ligereza de un niño, porque tenia una conciencia tan pura y alegre como él: el odio de sus enemigos, la fatalidad de los tiempos y no las faltas de su corazon, fué lo que convirtió contra ella en armas mortales los inocentes juegos de la monarquía.

El verdadero, el único error de la esposa de Luis XVI, fué no haber comprendido su época y no participar del sincero liberalismo de su marido, de hacerle vacilar entre la antigua y nueva monarquía, de deshacer al dia siguiente lo que habia hecho el anterior, de confundir, en una palabra, la revolucion con un tumulto, y conspirar contra ella en secreto en lugar de haberla adoptado como una necesidad que era de la época y dirigirla altamente. Maria Antonieta fué un anacronismo; muger de Luis XIV ó de Luis XV, hubiera ahorrado á la Francia, las Montespan y las Dubarry, la ruina y la vergüenza del estado; muger de Luis XVI no supo ser mas que «el encanto de sus desgracias y el genio de su perdicion; le condujo al pie del cadalso y subió á él en su compañía». ¿Tiene derecho la historia para imputarle en esto un crimen? ¿El espíritu de gobierno estriba ó se halla en el camarín de las reinas? ¿Una cabeza tan encantadora debia contener el cráneo de un Richelieu?

Ya se sabe con que entusiasmo fué acogida en Francia Maria Antonieta. La adulacion pública no tuvo emblemas demasiado ingeniosos para lisongearla; era mas bella que la antigua Venus, mas graciosa que la Ata-

lante de Marly; todos los poetas la cantaron, los pintores colocaron su retrato en rosas abiertas; la nación entera se arrodilló á sus pies... Cuando se presentó en el balcón de las Tullerías no hubo en la multitud mas que un solo grito de embriaguez y delirio, y el viejo mariscal de Brissac exclamó con mucha verdad «Ya veis, señora, estos son otros tantos enamorados...» La muger se sonrió á estas palabras que debían deshonrarla algun día; la Delfina amó á aquella multitud que en algun tiempo bramaria bajo el cadalso de la reina.

Se mezclaron catástrofes en las fiestas del matrimonio, como para anunciarse su fatal desenlace... El concurso del pueblo fué tal, que hubo anfiteatros hundidos y mugeres y niños pulverizados en las plazas... Los jóvenes esposos tomaron de aquí ocasion para inaugurar sus beneficios, la caja de la Delfina, sus joyas y su corazón, volaron al socorro de los heridos, de las viudas y de los huérfanos. ¿Quién le hubiera dicho entonces que su miseria habia de sobrepujar á todas aquellas miserias, y que ni uno solo de aquellos á quienes consolaba vendría á su socorro?

La virtud de María Antonieta brilló en medio de los últimos escándalos del reinado de Luis XV, como una estrella sin mancha encima de un fangoso pantano. Despues la Delfina llegó á ser reina; purificó la corte, y las fiestas mas inocentes fueron para ella las que tuvieron mas atractivo. Esta fué una época de felicidad para María Antonieta, y su marido era tan amado como ella misma. Mientras el rey declaraba libre á la América, reformaba el gobierno, aliviaba el tesoro y daba poder á la nación, la reina abría el baile en Versalles, la comedia en Trianon y esclama en su pequeña quinta cual una simple aldeana: «¡Dios sea loado, ya no soy soberana!»

La calumnia se aprovechó de este abandono para lanzarle sus primeros tiros. El asunto del collar, ese tejido de artificios é imposturas, fué á echar por tierra el nombre y el honor de María Antonieta. Un cardenal depravado y una jóven impudente arrancaron á la corona su prestigio y desgarraron el tálamo real.

Desde este momento no fué otra cosa la vida de la reina que una alternativa de falsas esperanzas, de luchas inútiles y de crueles dolores. Un día el pueblo exaltado con los folletos, la llenó de sangrientas injurias, y otro desarmado con su vista y la de sus hijos, volvía á amarla y bendecirla. La misma reina variaba sus ideas segun el soplo revolucionario ó monárquico, unas veces asociándose á las promesas de los Estados generales, otras impeliendo al débil Luis XVI á que las violase, combatida por mil consejos é intrigas, intentando en vano el papel de constitucional, hoy por la Francia y la revolucion, y al día siguiente por el Austria y la monarquía. Por último estalló el volcan arrebatando los restos de su trono, dispersando su familia y nobleza, dejándola reina sin corte y muger indefensa, aislada con su marido entre la guerra estrangera y la guerra civil. Si ambos hubiesen abdicado aquel día en vez de recurrir al estrangero, su diadema hubiera caído mas pura en la tierra, pero no tendrían hoy en el cielo la corona del martirio.

El 5 de octubre de 1789 fué cuando María Antonieta, vió frente á frente al pueblo enemigo por la vez primera. La corte y la asamblea de los Estados se hallaban aun en Versalles, y París hambriento pedía al rey, quien cometió una gran falta del mismo modo que la reina, asistiendo á la orgia de los guardias de corps, en la que fué hollada y ultrajada la nueva escarapela nacional.

Entonces los habitantes de los arrabales, que habian tomado ya la Bastilla, se levantaron en masa para ir á apoderarse del trono. La idea de conducir á Luis XVI á París, emanó de las mugeres que le amaban aun y le llamaban el *buen papá*, pero que muertas de hambre

sin él, creían que él les daria pan. «Falta el pan en París, decían con su acento brutal, vamos á buscar el panadero á Versalles.»

Y una de ellas tomó un sable, montó sobre un cañon y con la mecha encendida se puso en camino... Una niña tocaba la generala en un tambor... todo el ejército de verduleras siguió el movimiento, aumentando en el tránsito...

Saquearon al paso las casas consistoriales, cargando á la caballería á pedradas, y gritando siempre que tenían hambre, en medio de una continua lluvia, caminaron á pie las cinco leguas que hay hasta Versalles.

Así que llegaron, se dirigieron á la Asamblea á oír á la madre *Mirabeau*, (asi llamaban ellas al famoso orador), empezaron á hablar con los diputados en sesion plena, arrojándose á su cuello y abrazándoles á pesar suyo; en seguida doce de entre ellas, se unieron á la diputacion que iba á hacer firmar al rey la declaracion de los derechos del hombre.

Luis XVI, las recibió con su acostumbrada bondad, y les entregó una orden para la introduccion del trigo; pero aplazó el firmar la declaracion é hizo preparativos para la resistencia... Adivinando el pueblo la influencia de la reina, prorumpió en furiosas amenazas contra ella y la cercó en el palacio juntamente con su esposo. Continuaba la lluvia y se batian entre el fango. Era una horrible escena!... Luis XVI temblando por la vida de su muger, firmó al fin el decreto á las diez de la noche. Las verduleras pasaron la noche en la Asamblea, comiendo, discutiendo y durmiendo. Al amanecer volvieron á palacio, que continuaba sitiado por los arrabales... Los gritos de, *el rey á París!* iban en aumento, al mismo tiempo que las injurias á la *Austriaca*. Trabóse la lucha entre los soldados de la corte y aquella muchedumbre armada de picas y guadañas; corría la sangre por los patios y las escaleras... La insurreccion venció al fin y se dirigió al cuarto del rey y al de la reina... A Luis XVI, le salvaron su propia dulzura y los guardias nacionales.

En cuanto á María Antonieta, lo habria pasado mal si las mugeres hubieran dado con ella... Golpeaban furiosamente su puerta y asesinaban á los centinelas que se hallaban de faccion. La señora de Campan vió á uno que nadaba en su sangre en un corredor. La reina estaba aun en la cama, levantóse asustada, se puso un vestido y un chal y se lanzó al cuarto del rey. ¡Oh sorpresa y terror! halla la puerta cerrada por dentro, viéndose de este modo entre sus verdugos y un cerrojo! Mientras tanto su marido la buscaba por otro lado. Felizmente se abrió la puerta ante el Delfín á quien llevaron en aquel momento; la madre y el hijo se precipitan en el cuarto del rey cuando los rebeldes forzaban el paso. Anunciaron entonces que Luis XVI iba á salir al balcón; la muchedumbre se apiñó debajo de él gritando siempre: *el rey á París!* Se asoma el principe, hace un gesto de asentimiento, y el pueblo satisfecho grita: «Viva el rey!» Pero en seguida añade: «¡La reina! ¿dónde está la reina?» Y las amenazas seguian siempre á este nombre...

María Antonieta de pie detrás de una cortina, no se atrevia á presentarse... habia allí miles de enemigos suyos; cien balas dispuestas á herirla á la vez... Resolvióse al fin, y se presenta con sus dos hijos que la servian de escudo. Lafayette la resguardó tambien con su popularidad, la cual arriesgó juntamente con su cabeza, y besó la mano á la *Austriaca* delante de la muchedumbre.

Al ver la madre, el pueblo olvida á la reina... «¡Ah! qué hermosa es! exclamaban, cómo acaricia á sus hijos!» Y rey, reina, Delfín y nación, reconciliados, tomaron juntos el camino de París. Las mugeres persistiendo en su idea, reptaban delante y detras del coche:

«Aquí están! aquí están! conducimos al panadero, á la panadera, y al tierno mozo de pala!»

Este pueblo era aun bueno, respetaba todavía la virtud, la belleza y la infancia; el del 20 de junio, del 10 de agosto, y del 2 de setiembre, no fué mas que un pueblo de locos y de canibales; que no supieron justificar las mayores faltas del rey y de la reina.

Una tarde del mes de junio de 1791, la puerta de las Tullerías, vigilada ya como una prision, se abrió y dió paso á un hermoso jóven sueco, sumamente adicto á Maria Antonieta por una adoracion caballeresca. Era este jóven el conde de Fersen, que asistia en otro tiempo á las fiestas de Trianon, y confidente entonces de un proyecto desesperado. El rey y la reina, que habian agotado ya sus sufrimientos, le anunciaron que iban á abandonar la Francia, y pusieron en sus manos el medio de la fuga. Fersen se reunió á tres amigos de toda su confianza, los señores de Valory, de Moustier, y de Malméd; todos debian disfrazarse de criados, montar en los pescantes de los coches y arriesgar sus cabezas por salvar las de las personas reales. Todo quedó dispuesto de este modo hasta llegar á las fronteras alemanas.

En la noche del día 21, se acostaron el rey y la reina como de costumbre; pero cuando los inquietos moradores de la ciudad estaban entregados al sueño, se levantaron los reales esposos y se vistieron sus sencillos trages de camino. Mad. Isabel, ese modelo de adhesion hacia ellos, les reunió con el Delfin, y Mad. Royale (después duquesa de Angulema). Salen del palacio por puertas escusadas, atraviesan el Carrousel, la reina distingue en medio de la oscuridad á Lafayette, guardian harto confiado de la dignidad real, y el rey sale el último, guiado por el conde de Fersen, yendo á reunirse con los demas en el muelle de los Teatinos. Luis XVI y su hijo tardaron media hora, que fué medio siglo; mas al fin se reunieron todos y subieron en carruages de alquiler. Fersen en traje de cochero se instaló en el pescante, y tomando las riendas guió hasta Bondy, en cuyo punto el rey, la reina, el Delfin, madama Royale, Mad. Isabel y la marquesa de Tourzal, pasaron á una berlina preparada con antelacion. Dos damas de la reina y un guardia de corps les seguian en un cabrióle. De este modo tomaron al galope el camino de Chalons.

El pasaporte estaba concebido en estos términos: *De orden del rey, mandamos que no se ponga impedimento en su marcha á la baronesa de Korf, que pasa á Francfort con sus dos hijos, una doncella, un ayuda de cámara y tres criados: Firmado, el ministro de negocios extranjeros.—Montmorin.*

La baronesa de Korf, era Maria Antonieta, los dos niños el Delfin y Mad. Royale; la doncella y el ayuda de cámara, Mad. Isabel y Luis XVI.

Llegaron á Montmirail sin el menor accidente, en donde perdieron una hora en componer la berlina, y en seguida llegaron á Chalons. Allí adquirieron alguna confianza: eran las tres y media de la tarde; el cielo estaba puro, las poblaciones tranquilas y el campo delicioso. El rey que hacia mas de un año solo veia bayonetas y caras enemigas, asomó imprudentemente la cabeza á la portezuela. Al momento le reconoció el maestro de postas; pero este hombre cuyo nombre debiera consagrar la historia, reprimió su asombro y contuvo el gesto que habria perdido sin remedio una familia real....

... Prosiguiendo su marcha, exclamaron los fugitivos: «Estamos salvados!»

¡Ay! estaban perdidos; debian hallar en Pont-Sommeville, á los señores de Choiseul y de Goguelas con cincuenta húsares.... mas les buscaron en vano, pues habian partido hacia media hora. Asomóse el rey por segunda vez á la portezuela, y volvió á reconocerle un hombre, pero éste no tenia el alma del maestro de pos-

tas; era el jóven Drouet. Jamás habia visto á Luis XVI, pero advirtió su semejanza con los bustos de las monedas, y lo adivinó todo; dió inmediatamente la voz de alerta, montó á caballo y se lanzó á galope por el camino de Varennes. Un dragon le siguió con objeto de matarle, pero no logró darle alcance.

La familia real entró á las once y media de la noche en Varennes, donde ya estaba Drouet hacia mucho tiempo. En cambio de esto tampoco parecieron los húsares, á quienes una mala inteligencia les habia retardado una hora. Una hora en aquella circunstancia era la vida ó la muerte, la salvacion ó el cadalso. Los tres gentil-hombres disfrazados buscan á los oficiales de puerta en puerta; hasta el rey y la reina asustados, echan pie á tierra y se estrarían en las calles; preguntaban á los transuentes, como si fueran unos desdichados que buscasen un albergue; ¡pero trabajo inútil y vana humillacion! Consiguen al fin volver á los carruages, y á fuerza de oro y de súplicas deciden á los postillones á montar á caballo. Emprenden la marcha y después de haber atravesado la ciudad se tranquilizan algun tanto. Todo descansaba en la oscuridad, excepto Drouet y sus amigos, quienes esperaban á los augustos fugitivos bajo las bóvedas de una torre feudal. Cuando llegaban cerca del sitio indicado, salieron aquellos al camino, detuvieron los caballos, y mandaron apearse á los viajeros. Los gentil-hombres echaron mano á sus armas y consultaron al rey con una mirada, si deberían hacer uso de ellas, pero éste se lo prohibió terminantemente. Quería mas arriesgar toda la sangre de su familia que derramar una sola gota de la de su pueblo. El hombre que mandaba el día anterior á treinta millones de súbditos, obedecía la voz de un desconocido y siguió á Drouet á casa de un tendero llamado Sausse... Se toró á rebato, despertóse la ciudad y acudieron los magistrados. La magestad se vé cercada en una tienda: Luis XVI niega por lo pronto su nombre, mas viéndose reconocido de todos, toma las manos del señor de Sausse y le dice: «Sí, soy vuestro rey, os confío mi suerte, la de mi esposa, la de mi hermana y la de mis hijos. Dejados partir; no trato de abandonar la Francia, sino de encontrar mi libertad en un pueblo leal: ¡salvad conmigo á la Francia y á la Europa! Os lo suplico como padre, como rey os lo mando.» La reina, Mad. Isabel y el Delfin cayeron de rodillas y unieron sus lágrimas á los ruegos del monarca. A la vista de tanta grandeza humillada ante tanta pequeñez, el alcalde y el tendero se turbaron y titubearon un momento. Su corazón queria ceder, pero su egoismo temblaba de la estrecha cuenta que tendria que dar de su accion. Maria Antonieta se dirigió á la señora de Sausse, y presentándola sus hijos, exclamó sollozando: «Señora, vos sois tambien madre: poneos en mi lugar: con una sola palabra podeis volvernos la vida.—Bien lo desearia, señora, respondió friamente la tendera, pero pienso en mi marido como vos pensais en el rey; hago mi deber como vos haceis el vuestro.—¡Todo está perdido!» exclamó la reina, y alzándose indignada, se retiró á una habitacion á llorar con sus hijos. Sin embargo, Luis XVI se agita y espera todavía. El señor de Bouillé que le aguarda en Sternay con sus tropas, recibirá tal vez el aviso á tiempo y vendrá á sacarle del poder de sus carceleros, que no se atreven á poner las manos sobre él. Esta última esperanza tuvo el mismo mal éxito que las anteriores; trascurrieron las horas y no llegaba ningun auxilio. La reina y sus hijos descansaban vestidos en sus lechos. ¡Noche horrible que enseñó á Maria Antonieta á velar un cadalso! ¡Cuando se levantó al día siguiente, sus hermosos cabellos rubios se habian vuelto blancos!

A las siete y media llegó de Paris un ayudante de campo de Lafayette, con la orden de arresto espedita por la Asamblea constituyente. La reina que habia

concedido algunos beneficios á este oficial, le echó en cara indignada y con lágrimas en los ojos, su infame misión. Tomó en seguida la orden que el ayudante había dejado sobre la cama del Delfín, y diciendo que mancillaba el inocente lecho, la arrojó al suelo con despecho. Mas tranquilo el rey, ganó por su parte en vano algunos minutos: el pueblo se impacienta y grita debajo de los balcones: al fin es preciso obedecer y partir. María Antonieta rechaza los brazos que se adelantaban hacia su hijo, le toma en los suyos, sube con él al coche, y toda la real familia rodeada de tres mil guardias, se pone en camino hacia París. El marqués de Bouillé, prevenido demasiado tarde, encuentra á todas las poblaciones armadas y se vuelve al Luxemburgo en medio de un diluvio de balas.

Esta vuelta vergonzosa de la magestad era ni mas ni menos que su propio cortejo fúnebre, el cual atravesó la Francia en medio de los mayores insultos y amenazas. — Aquello fué, dice Lamartine, «un calvario de setenta horas, en el que cada paso era un suplicio.» Una sola persona, el señor de Dampierre, se atrevió á saludar con respeto al rey y á la reina, y fué en el acto asesinado cruelmente. Á los príncipes mismos les hubiera cabido igual suerte, si Barnave, comisario de la Asamblea constituyente, no les hubiese servido de égida entrando en su coche: «Franceses, gritó por un impulso heroico, nación de valientes, ¿queréis convertirnos en un pueblo de asesinos?» María Antonieta, á quien el peligro hizo recobrar su graciosa dignidad, dió gracias al joven diputado con una mirada que le adhirió para siempre á su causa. Este corazón magnánimo conquistado en la desgracia, consoló en cierto modo el amargo dolor de la reina. Pethion, el compañero de Barnave, por el contrario, se mantuvo impasible hasta rayar en cruel; comía frutas delante de María Antonieta y arrojaba los despojos, que casi tocaban el rostro del rey, por la portezuela del carruaje.

La familia real entró en París el 25 de junio á las siete de la tarde. La muchedumbre se agolpaba murmurando al rededor de la berlina como un mar agitado por las tempestades, y sus oleadas eran tan espesas que interceptaban el aire; llegando al extremo de que los pobres niños sofocados por el calor, les faltaba la respiración. «Mirad señores, dijo María Antonieta al pueblo, que nos ahogamos. — Nosotros te ahogaremos de otro modo, contestaron las voces de aquellas fieras. — Señor de Lafayette, continuó la reina, salvad cuando menos, á los guardias de corps que nos acompañan.»

La reina rechazó con altivez el brazo que le ofrecía el señor de Noailles para subir la escalera, y se apoyó en el de un diputado de la derecha. Podían aprisionarla pero no envilecerla. Esta prisionera parecia siempre la soberana de sus carceleros.

Halló el palacio deshonrado por la muchedumbre, un retrato de su marido estaba colgado en la parte de afuera como una muestra de hosteria; su propio lecho habia sido mancillado por una frutera; y sus trages y adornos pisoteados por las verduleras.

Colocada en lo sucesivo bajo la vigilancia del pueblo, María Antonieta vió espiados impudentemente sus menores gestos, y hasta su alcoba estaba franca por la noche para los guardias nacionales. Entre estos últimos, se distinguió por su adhesión el actor del teatro Francés, Saint-Preux, el cual favorecia las entrevistas secretas de la reina y el rey. Este permaneció por espacio de diez dias sumido en el mas triste silencio, del cual no le distrajo su muger sino abrazándole las rodillas con sus hijos. «La lucha será aun larga, le decia, recobremos nuestras fuerzas para sostenernos hasta el fin.... y si es preciso morir, perezcamos á lo menos como reyes».

Merced al apoyo de Barnave, disfrutó la real familia algo de libertad, y María Antonieta vislumbró de

nuevo algunos rayos de esperanza. El juramento prestado por Luis XVI á la Constitución, el 14 de setiembre de 1791, despertó las demostraciones de entusiasmo; pero siempre gritando: «¡Viva el rey y viva la reina!» coronó el pueblo á Rosbispierre con guirnalda de encina. Esto era anunciar que entre el verdugo y las victimas, no tardaria en optar por el verdugo.

Bien pronto, en efecto, nuevas usurpaciones de la Asamblea, produjeron una nueva resistencia de la corte, y los ultrages que se reproducian cada vez mas, preludiaron la proscripción del 10 de agosto de 1792. «Ya veis, dijo un dia la reina á su esposo en presencia de Dumouriez, uno de los revolucionarios á quien su sonrisa tenia aun amarrado á su carro; prisionera segun me hallo en estas Tullerías, no me atrevo á asomarme á la ventana del jardin, pues la muchedumbre que se escudriña y espía hasta mis lágrimas, me grita cuando me asomo. Ayer con objeto de respirar me asomé á la ventana que dá al patio, y un artillero de los de guardia me apostrofó con una infame injuria. — ¡Cuanto placer tendria, añadió, en ver tu cabeza en la punta de mi bayoneta!...

En este espantoso jardin solo se vé, por un lado, un hombre á caballo sobre una silla, profiriendo las mas odiosas injurias contra nosotros y amenazando con gestos á los habitantes del palacio; por otro, un militar ó un clérigo, á quienes la muchedumbre amotinada arrastra á viva fuerza, maltratándoles de palabra y obra. Mientras tanto, y á dos pasos de donde ocurren estas siniestras escenas, otros juegan á la pelota y se pasean tranquilamente por las calles de árboles. ¡Qué morada! ¡qué vida! ¡qué pueblo!»

El 20 de junio de 1792, toda la población de los arrabales, mugeres y niños, trabajadores desnudos armados de picas y palos, haciendo ondear sus andrajosos calzones por estandartes, conducidos por el cervetero Santerre, el carnicero Legendre, el platero Rossignol, la cortesana Thervigne de Mericourt, etc., etc., llevando la declaración de los derechos del hombre, invaden ahullando las Tullerías, llevan los cañones á brazo, fuerzan la puerta de Luis XVI y le dicen: «Monsieur, sois un traidor. Es preciso morir ó firmar estos decretos» (eran los decretos contra los clérigos y para los federados); en seguida poniéndole sobre la cabeza un gorro encarnado y á los labios un vaso de vino, empiezan á buscar por todas partes á la *Austriaca* para matarla. Algunos divisan á Mad. Isabel y tomándola por su nuñada, se preparan á levantarla la mano; pero los oficiales les detienen y desengañan: «¡Ah! ¡qué hacéis! esclama aquel angel de adhesión; dejadles en la inteligencia de que yo soy la reina; mi muerte quizá pudiera salvarla.» Otros preguntaban al pie de la escalera: «Y qué, ¿ha muerto? ¡Arrojadnos su cabeza!» María Antonieta oía desde la alcoba estas voces acompañadas de las expresiones mas infames y obscenas.... Solo un hombre y algunas mugeres la protegían. Estrechaba contra su seno palpitante de terror á sus tiernos hijos, en cuya actitud la encontraron á su llegada los facciosos, que mas tranquilos ya con la firmeza del rey, depusieron su cólera ante tanta belleza, tanta debilidad y tantas lágrimas. Cesaron los gritos y se encendieron todos los rostros.... cuantos aun abrigaban un corazón no depravado enteramente, se retiraron.... Los mas inhumanos se limitaron á hacer ondear sus horribles enseñas, y llegaron hasta sonreirse y dirigir palabras de compasión hacia los dos niños. «Si amas á la nación, dijo un faccioso á la *Austriaca*, adorna la cabeza de tu hijo con este gorro colorado» María Antonieta tomó el gorro y se le puso al Delfín, quien con la gracia y sencillez propias de un niño de siete años, creyó que aquello era un juego y se sonrió con sus verdugos. Esta sonrisa que hubiera desarmado á los tigres, devolvió á los re-

voltosos su cobarde ánimo; los apodos indecentes se multiplicaban á los oídos de su reina y de sus hijos. Una furiosa joven, graciosa y no mal vestida, se distinguía entre todas las demas. «¿Por qué maldecís? le preguntó la reina con dulzura. ¿Os he hecho algun daño inadvertidamente?—Estais causando el mal de la nacion, respondió la energúmena, que ni comprendía el sentido de aquellas sublimes palabras.—¡Pobre niña! replicó Maria Antonieta, he ahí como os engañan. ¿Qué interés podía yo tener en hacer la infelicidad del pueblo? ¡Muger de vuestro rey actual, madre de vuestro rey futuro, soy francesa de corazón y no puedo ser feliz mas que en Francia; bastante lo era, niña, cuando me amabais!» A estas tiernas palabras, enmudeció la joven; saltáronse las lágrimas y pidió perdón á la que acababa de ultrajar. «No os conocía señora, balbuceó, pero ahora veo que sois buena.» El mismo Santerre se sintió conmovido, é impeliendo á su andrajoso ejército por la espalda: «Vámonos, dijo, y quitad al Delfín ese gorro que le sofoca.» En seguida acercándose á la reina, la dijo al oído: «Vuestros amigos, señora, son demasiado torpes; conozco á muchos que os servirán mejor!» Maria Antonieta bajó la vista sin reponder; semejante alianza la horrorizaba. Sabido es cómo se vengó Santerre de su desden, apagando con el ruido de los tambores el último adiós de Luis XVI en el cadalso á su pueblo.

Cuando el rey volvió al lado de su esposa, abrazó ésta con delirio sus rodillas. «¡Ah señora, dijo suspirando el monarca, por qué os he separado de vuestra familia para haceros sufrir tan crueles afrentas!»

En fin, el somaten del 10 de agosto marcó la hora suprema de esta monarquía espirante. A media noche dió Danton la señal del asalto á los clubs y á los arrabales, y Luis XVI se encierra en las Tullerías con sus últimos partidarios. La reina, Mad. Isabel, los niños y las damas, pasan la noche en una angustiosa inquietud, levantándose á cada instante para escuchar las campanas siniestras y las oleadas del océano popular. Al amanecer Maria Antonieta cobró aliento; pasó revista en el salon régio á dos compañías de caballeros, y sus palabras les electrizaron en tales términos que cargaron las armas en su presencia jurando morir á sus pies. Iluminado el oriente arrojaba en este instante sangrientos resplandores por todas las ventanas del palacio: «Hermana mia, dijo Mad. Isabel, mirad cuan terrible se presenta la aurora!» La reina contempla el cielo y suspira, mezclándose en seguida con sus servidores y amigos... Se dirige después á consultar al rey que se hallaba con su confesor, á sosegar á los ministros en la cámara del consejo, á abrazar á sus hijos que estaban temblando en sus lechos... Los fieles partidarios de su grandeza corren á participar de su infortunio; unos se dejan matar en las escaleras, otros llegan cubiertos de sangre. Una muger se lanza en medio del Carrousel abriéndose calle por entre la enfurecida plebe; era la heroica duquesa de Maille, cuya adhesión se toma por locura y la conducen á la fuerza á su casa: «Dejadme ir, exclamaba haciendo esfuerzos por desasirse, la fidelidad es el honor de nuestro sexo!... Vuestro patriotismo consiste en aborrecer á la reina, el mio en consagrarle mi vida!»

El procurador Raderer fué el primero que vió era inútil la resistencia, y aconseja al rey que se refugie en la Asamblea nacional. «No, exclama Maria Antonieta, tenemos aun bastante valor y ya es tiempo de saber si triunfará el gobierno ó los facciosos!...» Y vistiéndose apresuradamente á sus hijos, los coloca á su lado como una compañía sagrada. Los guardias lloran de ternura á la vista de semejante espectáculo, pero hubiera sido necesario que su heroísmo se trasmitiese al corazón de su marido... Mas el buen rey Luis XVI siempre indeciso, y sobre todo en presencia de la carnicería, habien-

do sacrificado su propia sangre, no pensaba mas que en economizar la de su pueblo. En vez de montar á caballo y desenvainar la espada, iba y venia del lado de sus ministros al de sus defensores, vestido de luto, no recomendando otra cosa mas que la clemencia y conmiseracion, y ofreciendo la resignacion de un filósofo cristiano á los soldados que esperaban, el arrojó de un general. «Maria Antonieta que le seguía á todas partes, dice Mr. de Lamartine, realzaba esta debilidad con un altivo y noble continente, y con la varonil espresion de su mirada, padecía al ver que no podía revelar mas que con mudas espresiones, aquellos sentimientos de reina, de madre y de esposa, que su sexo le obligaba á contener en su pecho; Se la veía llorar, pero al mismo tiempo se advertía que el valor y la cólera enjugaban sus lágrimas á medida que las derramaba. Su respiracion era corta, fuerte y agitada. Latía de indignacion su pecho, sus facciones pálidas y marchitas por el insomnio, estaban exaltadas por el ardor de su alma; sus ojos centelleantes que hablaban con una elocuencia sublime á cuantos la miraban; su mirada era suplicante ó amenazadora, segun la aversion ó simpatías que inspiraba; la ansiedad con que buscaba en los semblantes la impresion que causaban las palabras del rey; sus labios inflamados y trémulos, su nariz aguileña, su triste continente, sus debilitados brazos, su arrogante ademán, las huellas de aquella belleza que los años empezaban á marchitar, el recuerdo de las adoraciones que habia recibido en aquel mismo salon en donde entonces imploraba en su defensa el auxilio de algunos valientes, aquellos rayos del sol naciente que penetraban en las habitaciones y ondulaban sobre sus cabellos, aquellas armas diversas, aquella multitud, aquellas aclamaciones, y aquel silencio en medio del cual se agitaba, todo daba á su persona un carácter de magestad y valor, de dignidad y tristeza, que igualaba en el ánimo de los espectadores la solemnidad de la escena y la importancia del suceso. Era la Niobe de la monarquía, la estatua de la dignidad real arrojada del trono, pero sin que su caída envolviese la menor degradacion ni mancilla. Nunca fué mas reina que aquel dia; fué reina á pesar de su pueblo y de su desgracia. Ya hemos manifestado el entusiasmo que escitó entre los caballeros; unos se arrojaban para besarle la mano, y otros le suplicaban ardientemente se dignase tocar sus armas. Muchos tendían las capas á sus pies como hacia Walter Rhaleig con Isabel de Inglaterra; otros en fin tomaban á su hijo y lo levantaban en el aire como una bandera por quien debían verter toda su sangre.

La misma Maria Antonieta, arrebatada por aquellos trasportes, tomó dos pistolas de la cintura del señor de Afry y corrió á presentárselas á Luis XVI: «He aquí el momento de vencer ó morir como rey!» El príncipe desenvió las pistolas al gefe de los suizos, contentándose con su inviolabilidad como único medio de defensa, y rehusando dar ejemplo de sanguinario. Hizo subir á las damas y á los niños á sus habitaciones, y con su valor pasivo se presentó desarmado en presencia del pueblo, el cual le recibió con estrepitosos ahullidos que fueron secundados por sus propios batallones. La reina que lo oía todo desde el balcon alto, exclamó: «¡Gran Dios! es al rey á quien insultan! todo se ha perdido!»

La insurreccion, dueña ya de las casas consistoriales, ataca á las Tullerías entonando las canciones del *ca ira* y la *marsellesa*. Los suizos y gentiles hombres pierden la vida en sus puestos; pero los demas, lejos de imitarles, se pasan á las filas enemigas. Ne quedándole á Luis XVI, otro medio de salvacion que el de refugiarse á la Asamblea constituyente, se dirige á ella con su familia y los ministros, y la reina durante el tránsito ocultaba su rostro en el seno de la princesa de Lamballe. Atravesaron de este modo el jardín embalsamado

con el perfume de las flores, é inundado con los rayos de la aurora matinal.... El pueblo vencedor gritaba en el otro lado del palacio asesinando á los últimos campeones de la fugitiva monarquía. Caminaban, pues, sobre montones de hojas muertas.... «Este año caen temprano las hojas, dijo suspirando Luis XVI....» Y los dos niños jugaban con aquellas hojas que sembraban el camino del cadalso.... En la escalera del terraplen de los Fuldenses, una turba furiosa distinguió al cortejo real y le interceptaron el paso. «¡No, no! gritaban agitando sus picas, no engañarán mas á la nación.... Es preciso acabar de una vez!... Abajo el *reto!* abajo la Austria! la proscripción ó la muerte!» Consiguen pasar al fin, declarando que los diputados esperan al rey.... Un zapador levanta en sus brazos al tierno Delfín, le lleva de este modo ante la reina, y abre camino hasta llegar á la Asamblea reunida en el Manège.

Luis se sienta con su familia al lado del presidente Vergniaud: «Señores, dice, he venido aquí para evitar un gran crimen; he creído que en ninguna parte sino entre vosotros podia estar seguro.» Los circunstantes miran con el silencio del terror á aquel rey y á aquella reina á quienes van á destronar.... Dudan ante la resignación del uno y ante la magestad de la otra. Uno de los asistentes observa que no debe deliberarse delante de Luis XVI. Ciertamente, responde el mismo Luis XVI, y vá á colocarse con los suyos en la tribuna de los taquígrafos, asistiendo como un curioso á su propio juicio. Los secretarios toman sus notas al lado suyo. El Delfín se sienta en una banquetita de paja: Maria Antonieta se esconde en la oscuridad de un rincón. Un sudor ardiente y helado á la vez baña sus frentes.... La atmósfera ya sofocante se inflama con el aliento del pueblo agolpado en las tribunas. Oyese el ruido del combate que continúa en las Tullerías; las descargas de fusilería y de cañon, los gritos de muerte de los vencedores, las súplicas de las victimas, el ruido que hacen los cadáveres al caer hasta en las mismas puertas del Manège, y los estrepitosos clamores de los rebeldes que quieren herir al rey en el seno de la Asamblea.

Este suplicio duró catorce horas, Luis XVI tenia hambre y se alimentaba de sangre fria; la reina y sus hijos solo devoraban sus lágrimas. Maria Antonieta contemplaba su propia degradación sin decir una palabra, consternada, pero magestuosa aun, en la actitud de un héroe desarmado. Mad. Isabel solo sentia el dolor de los demas y oraba con el corazon y los labios. La princesa real lloraba; el Delfín preguntaba á su padre el nombre de los representantes. Solo uno fué harto vil para insultar aquella magestad desgraciada. El pintor David: «¿Acabareis pronto mi retrato? le preguntó Luis XVI—En lo sucesivo, respondió el artista, solo retrataré á un tirano cuando vea su cabeza rodando sobre el cadalso:» Estas palabras no merecen en verdad la menor gloria.

Reinó en la Asamblea un momento sublime; estalló la mosquetería en el salón: el estruendo de las armas resonaba cada vez mas. Creyóse que los suizos, vencedores por un instante, iban á salvar al rey y á herir á los diputados en sus bancos. «¡Juremos, gritaba Vergniaud, morir libres y sucumbir dignos del pueblo!» Levantáronse todos é hicieron el juramento, que fué repetido en las tribunas. Nadie abandonó su sitio. Todo aquello era solo una falsa alarma; el triunfo pasajero de los suizos terminó con el asesinato de estos y de todos los empleados del castillo. Los marseleses en medio del pillage, ¡extraña casualidad! solo respetaron un cuadro que representaba la *Melancolía*, y el cual adornaba la real cámara.

Luis XVI y la reina vieron llevar en seguida al salón los ricos despojos de la monarquía; adornos y trages, plata y alhajas. Acto continuo oyeron dictar á la Asam-

blea este decreto supremo. *La dignidad real queda suspendida en Francia. La familia real queda en adelante bajo la salvaguardia del Cuerpo legislativo.*

Eran las dos de la mañana y Luis XVI respiró como si le hubiesen aliviado de un peso abrumador. Maria Antonieta inclinó su destrozada frente, cerró por unos instantes sus lánguidos ojos, y se alzó en seguida su cabeza ornada con una nueva diadema; la de la desgracia.

Condujeron á los destronados y cautivos principes á una habitacion ruinosa del antiguo monasterio de los Fuldenses, y un oficial llevó en sus brazos al Delfín medio dormido. El rey se acostó vestido; la reina se echó al lado de sus hijos, y Mad. Isabel pasó la noche orando á su puerta.

Cuando penetró la luz á través de los ordinarios vidrios de la ventana, Maria Antonieta contempló sus nuevas Tullerías. En lo exterior unos tejados ennegrecidos y la ciudad aun conmovida con su triunfo; en lo interior una habitacion desierta, un lecho campestre, sillas de paja, muebles escasos y pobres, estropeados trages y una infeliz criada guardiana del desierto claustro....

Sus hijos á quienes arrojaron sobre su corazon, la hicieron conocer que no soñaba, que tal seria en lo sucesivo la suerte de la reina de Francia, y la infeliz cayó desmayada en los brazos de sus damas, compañeras del brillante esplendor de la víspera. «Desgraciadas víctimas, las dijo en seguida, ved una víctima mas desdichada que vosotras, porque vuestro infortunio es obra suya. —Y vosotros, pobres niños, continuó abrazando á su hijo é hija, vosotros á quienes se os habia prometido tan preciosa herencia, dejaros semejante ruina!» Despues pasó á la celda de Luis XVI, al cual halló distribuyendo rizos de sus cabellos; última liberalidad de la dignidad real....

Por lo que respecta á la misma reina, habia llegado á tal extremo de pobreza, que se vió obligada á pedir prestado un reloj á una de sus damas y veinte y cinco luises á su camarista la señora de Angie.

Prolongáronse los peligros, durante todo el dia, y la multitud no cesó de siliar y amenazar á los Fuldenses. Veinte veces creyó la real familia que era llegada su hora postrera. Solo Danton hizo retroceder á los canibales arengándolos desde la tribuna y lanzando una mirada de piedad á la reina, que habia comprado en otro tiempo el apoyo del traidor.

Maria Antonieta fué trasladada dos dias despues á la prision del Temple con su marido, sus hijos, y su cuñada, por la voluntad del comun de Paris, que habia atropellado el poder legislativo, del mismo modo que éste lo habia hecho con el poder real. La reina al despedirse de sus servidores, hizo que el Delfín abrazara á los mas humildes y les dijo: «Adios, esta separacion es la mas cruel de nuestras desventuras. Quiera el cielo pagaros una deuda que....» El torrente de lágrimas que brotaba de sus ojos y la vehemente emocion que sentia, no la permitieron concluir.

El tránsito desde los Fuldenses al Temple, que se verificó en medio del dia, duró dos horas y fué un escalon mas del suplicio que estaban sufriendo. Los ultrages del pueblo estallaron con mas violencia que nunca: en medio de la plaza de Vendome, Pethion enseñó á la reina los restos de la estatua de Luis XIV. Maria Antonieta no cesó de oír los ahullidos de la muchedumbre hasta que atravesó las sombrías bóvedas de su prision.

Habia sentido sobre todo perder á su mejor amiga la princesa de Lamballe y á quien volvió á ver el 2 de setiembre. Una turba de asesinos se presentó á las puertas del Temple, y pidió saludar á los Capetos (este fué en lo sucesivo el nombre de la familia real). Los comisarios condujeron al rey y á la reina á una ventanilla ¿mas qué fué lo que allí vieron? La cabeza de la

princesa de Lamballe que paseaban en la punta de una pica, despues de haber roda'lo con ella de taberna en taberna: su cuerpo yacia en medio de los millares de cadáveres inmolados desde la mañana en todas las prisiones.

Desde el primer día habian hacinado á la familia real en las habitaciones de la torrecilla del Temple: Mad. Isabel en el piso bajo en una cocina; la servidumbre en el principal; la reina y sus hijos en el segundo; el rey en el tercero. Paredes desnudas, bastos gergones, algunos toscos asientos, ningunas cortinas y pinturas obscenas, talera el nuevo palacio. Dichosos aun con hallarse allí reunidos los presos, se colocaron lo mas inmediato posible unos de otros. Paseábanse una hora antes de comer por una sombría galería, siempre vigilados por Santerre y sus ayudantes de campo, y pasaban el resto del día en conversar, leer, instruirse, entretener al Delfín, y en llorar cuando no eran observados; á las nueve acostaba la madre á sus hijos en su misma habitación y subía á cenar á la del rey; despues cada cual se tendía en su pobre lecho para entregarse á sus tristes pensamientos sobre el próximo suplicio.

La noche del 19 de agosto entraron algunos municipales en la habitación de la reina y la arrancaron los últimos amigos de su cautiverio, reemplazándolos con un carcelero brutal y su muger llamados Tison, el sillerero Rocher, de tan feroz corazon como rostro, y el zapatero Simon, el infame verdugo de Luis XVII. Solamente Clery, ayuda de cámara de Luis XVI, consiguió quedarse al lado de su señor é inmortalizar su adhesión hacia él.

En vez de los tiernos cuidados de las señoras Lamballe, de Tourcel y de Navarra, tuvo que soportar Maria Antonieta desde la mañana á la noche y con frecuencia desde la noche á la mañana, las insolencias de Rocher. Este miserable, con su innoble porte, su estentórea voz y su fétida respiracion, estudiaba el modo de atormentar á la reina de mil maneras, haciendo rechinar las llaves y los cerrojos y arrojándola al rostro todo el humo de su pipa, poniendo ante su vista infames inscripciones en las que estaba representada como una Mesalina y sus hijos como *lobezno*s que iban á ser *destrozados*; y reuniendo en fin cerca de ella diversos trabajadores que danzaban al compás de la *carmagnole* y de las canciones mas obscenas. La pobre madre no podia evitar este cotidiano suplicio, pues no queria privar á su hijoarse y divertirse durante el día.

Algunos vecinos solian consolarla un tanto con miradas y señas compasivas, cambiadas discretamente de ventana á ventana. A veces manos desconocidas arrojaban una flor ó una cinta desde los jardincitos colocados en las miserables bohardillas, ó bien se veía aparecer en ellas inundado en llanto el rostro de un antiguo amigo cortesano, fiel en medio de la desgracia. La reina solia decir á Mad. Isabel alzando su velo. «Esta casa nos es aun adicta; esta habitación es aun realista...» Y estas palabras ayudaban á olvidar las penas del día, proporcionando un sueño consolador para el siguiente.

(Se continuará.)



MARIA ANTONIETA Y SUS HIJOS, EN LA PRISION.

TRADICION GRANADINA.



VISTA DE LA ALHAMBRA DE GRANADA.

LA TORRE

DE LOS SIETE SUELOS. (1)

I.

Corrían los años de 15... Don Mendo de Alcaráz, alcaide en este tiempo de la fortaleza de la Alhambra, estaba casado con doña Mencía de Sanabria, de cuyo matrimonio, tenía siete hijos, el mayor de ocho años. Felices vivían al parecer sin que ninguna amargura turbara el reposo de su existencia, empero bien distantes estaban de creer los que aquello suponían, el verdadero estado de su situación. Don Mendo de Alcaráz, era de un genio tan vivo y soberbio, que algunas veces degeneraba su rabia en locura, siendo de temer en tales

momentos cualquier violento esceso. Era a lemas de un carácter débil, inclinado a pensar mal de todo el mundo y a dar incremento a chismes y sospechas, que a fuerza de reflexionar en ellas las creía realidades, figurándose la cosa mas natural del mundo, lo que jamás pudiera suceder por la inverosimilitud de que se hallara revestida.

Nueve años llevaba de union con doña Mencía, y en todo este tiempo, ni la mas leve queja había salido de los labios de su esposa, a pesar de las continuas reyertas y malos tratos que le proporcionaba el endiablado genio de don Mendo. Ligada a éste por razon de intereses, y sin profesarle el amor mas mínimo, llevaba una vida de mártir, sin tener otros placeres que el cuidado de sus hijos, cuya inocente sonrisa y halago recompensaba en algun tanto sus pesados sufrimientos.

Vino por este tiempo a Granada un antiguo conocido de don Mendo, quien a instancias de éste se había alojado en su casa. Don Hiscio Riaño, que así se llamaba el amigo, era un viejo, de unalibertina conducta, gastado por sus desastrosas costumbres, y asaz mal intencionado. Vió a doña Mencía que apenas contaba veinte y siete años, gustáronle sus hechizos, y resolvió añadir una nueva conquista al catálogo de las suyas creyendo encontrar la fragilidad que en las demas que tratara.

Vanos fueron sus intentos. Rechazado por doña Men-

(1) Esta tradicion, en la que se han ocultado los verdaderos nombres de los personajes que en ella figuran, está sacada de los papeles de una antigua casa de Granada, donde se conserva la historia de la causa seguida por los tribunales.

cía con un tesón digno de elogio, era por la primera vez, burlado en sus esperanzas, y por la vez primera despreciado de una mujer. Este golpe fomentó en su dñino corazón una idea que fijándose cada día mas, concluyó por determinarse a ponerla en práctica. Aborreció entrañablemente á doña Mencía, y quiso vengarse. Su larga amistad con don Mendo, le habia hecho conocer lo débil é irascible de su genio, y pensaba aprovecharse de esta circunstancia para el logro de su proyecto. Tal era el estado de las cosas cuando empezamos esta tradición.

II.

En una sala amueblada con lujo y elegancia de la casa del alcaide, en la Alhambra, estaban fumando despues de comer, don Hiscio y don Mendo, sentados en muelles sillones, con asiento de pluma. Un balcon abierto en el testero del Mediodía, dejaba ver las frondosas copas de algunos árboles, que se levantaban hasta allí, y el hermoso azul del cielo, sembrado de algunas blancas nubecillas. Al lado del balcon, estaba doña Mencía durmiendo en sus brazos al hijo menor, y rodeada de los seis restantes que se entretenían en inocentes juegos.

—¡Magnífica tarde para pasear! dijo don Mendo, despues de haber tirado su cigarro, ¿qué te parece Hiscio?

—Mejor fuera para cazar, contestó éste mirando al soslayo á doña Mencía, y sobre todo para la del macho.

—Ganas tengo de proyectar una salida, respondió el alcaide, y antes de que te marches, hemos de hacer con el correspondiente tren de caza, una batida en los montes comarcanos.

—Siento que no me sea posible, Mendo.

—¿Cómo es eso?

—Asuntos de importancia me llaman á Madrid y mañana parto, pero antes quiero, siguiendo la idea que has propuesto, dar un paseo por esas alamedas, pues la tarde no puede ser mas deliciosa.

Diciendo esto levantóse don Hiscio, y se aproximó al balcon.

—Por última vez, señora, ya habeis oido, mañana parto.... responded.... dijo entonces bajo á doña Mencía, pero mirando á otra parte.

—Nunca, caballero, nunca, respondió con noble entereza.

—Miradlo bien....

Una mirada de desprecio, fué la contestacion de doña Mencía.

—Bien, señora, bien, continuó don Hiscio con amenazadora voz, y luego volviéndose hacia don Mendo que se aproximaba también al balcon, dijo señalándole á su esposa.

—No quiere acompañarnos por mas que se lo he rogado, pensaba disfrutar esta tarde que es la última que me hallo en Granada, de vuestra grata compañía; pero ¡cómo ha de ser!

—¡Bah! no le hagas caso, amigo, tiene la falta de ser caprichosa como todas las de su sexo, contestó el de Alcaráz, que siendo un poco zeloso, se alegraba en su interior de que no les acompañase su esposa.

Saludó cortesmente don Hiscio á doña Mencía, y salió de la casa acompañado de su amigo. Pocos pasos habian dado cuando encontraron á un chicuelo de algunos ocho á nueve años, súcio y andrajoso que se les acercó á pedirles una limosna.

Paróse don Hiscio y alargó una moneda al muchacho, haciéndole una inteligente señal, que no percibió don Mendo. Deshízose el mendigo en gracias, y los amigos continuaron su paseo.

Vivo como el rayo marchó el muchacho hacia la casa del alcaide. Llamó y un criado salió á recibirle.

—¿Qué quieres?, avestráz, dijo el sirviente al ver el aspecto asqueroso del que llamaba.

—Buen caballero, contestó llorando y poniendo un gesto en extremo aflictivo, quisiera ver á la señora.

—¿Y que tienes tú que ver con la señora, eh?

—Andad, hacerlo por el amor de Dios, que ya os recompensará este beneficio.

—Si es una limosna la que quieres toma y vete, dijo el criado poniéndole en la mano unos cuantos maravedises.

—Dios os lo pague, contestó guardándose el dinero, pero es preciso que yo vea á la señora, hacedlo, señor caballero, mirad que es una obra de caridad, que no os pesará en el otro mundo.

Tanto instó que al fin machó el criado á pedir permiso á doña Mencía, para la introduccion del muchacho.

—Señora, un chicuelo andrajoso, pide con tanto empeño veros, que me he determinado á anunciároslo....

—Que entre, contestó doña Mencía.

Introdujeron al méndigo, quien al ver á la señora, corrió hacia ella, y arrojándose á sus pies, dijo con una voz plañidera y ahogada por el llanto.

—Señora, favorecedme por Dios. Tengo un padre anciano casi moribundo por la necesidad, y cinco hermanos pequeños estenuados por el hambre. Tres dias hace que no hemos sido socorridos, y tres dias que no ha entrado en mi cueva miserable, un pedazo de pan. Amparadnos, señora, por la Virgen, tened compasion de nosotros, no creais que os engaño, venid conmigo y os convencereis del horrible estado de nuestra situacion.

Y al decir esto el muchacho con un acento que traspasaba el corazon de la mujer del alcaide, regaba el pavimento con sus lágrimas.

Sensible en extremo doña Mencía, despertóse en su alma un sentimiento de caridad. Presentabase un caso en que hacer bien á aquellos desgraciados, y una voz interior, sin duda la de su ángel malo, le aconsejaba no desperdiciarlo. Quería hacer las veces de la Providencia con aquellos infelices, entrando por sus puertas los auxilios de que se veían privados.

No reflexionó mas; llamó á su doncella, y pidió su manto.

—¿Dónde vives, hijo mio?

—Cerca de los Siete suelos.

—Pues vamos, conducíme á tu casa, dijo poniéndose el manto que la trajera su doncella. Ambos salieron de la casa.

Aquella misma tarde, poco despues de que don Hiscio diera la limosna al muchacho, y cuando ya el sol comenzaba á declinar, una mujer salía al encuentro de los dos amigos y dándole una carta á don Mendo, desapareció por entre las alamedas de la Alhambra. Abrió don Mendo el pliego y leyó á la luz del crepúsculo lo siguiente:

«Causame compasion, don Mendo, vuestro estado, y pesa á mi conciencia, teneros por tanto tiempo encubierta vuestra desgracia, pues es engañaros cobardemente. La mujer con quien la mala estrella que os persigue os ha unido, deshonra vuestra heroica nobleza, hace ya muchos años. Antes de que os conociera tenia un amante y aun sigue sus amores, á pesar de los deberes que mas tarde contrajo con vos. Ninguno de los hijos, á quienes alimentais, son vuestros. Es el fruto de su adultera pasion, y son otras tantas trompetas que publican á la faz del mundo, la infamia que os cubre. ¡Pobre don Mendo! os tengo lástima y eso me mueve á descubriros vuestra situacion para que no seais por mas tiempo el ridiculo de toda Granada. Si creéis esto una calumnia hija de algun ratero enemigo de doña Mencía, id á las oraciones de hoy, ó de cualquier dia; pues esta es la hora que no estais en vuestra casa, id, os digo, á los Siete suelos, y juzgareis entonces del crédito de este papel.»

Ya que no nos es desconocido el génio iracundo de don Mendo, fácil es figurarse la impresion que le causaría el anónimo terrible. Una revolucion espantosa se operó en toda su máquina. Subiósele la sangre a la cabeza y ofuscóse su vista. La cólera le embargaba la voz y estrujaba entre sus manos el fatal escrito. Pero contuvo la esplosion. Lo veía su amigo, y para no participarle su deshonra, era preciso fingir, mas tambien era preciso cerciorarse aquella misma noche de la verdad de la acusacion.

—¿Qué es eso? preguntó don Hiscio, ¿qué te dicen en ese papel que tanto efecto te ha producido? ¿estás temblando como un azogado?

—¿De veras? contestó don Mendo con una sonrisa violenta, mucho mas pavorosa que el acceso de rabia. ¡Bah! Será apariencia tuya, no es nada, nada absolutamente.... me llaman para cierto negocio, á donde tengo que marchar en seguida.... por lo que te ruego vuelvas a casa.... ¿estás? .. allí esperarás mi vuelta.... tardaré poco, volveré pronto, muy pronto.

Y sin esperar respuesta de don Hiscio, separóse de él, y marchó apresuradamente hacia adelante.

Una sonrisa diabólica apareció á los labios de don Hiscio, quien siguió á lo lejos á su amigo.

III.

El sol habia desaparecido completamente del horizonte arrastrando en pos de si los arreboles que esparciera al hundirse en lontananza. Iban ya borrándose los objetos, y acercándose las tinieblas de la noche, mas indicadas en la Alhambra por las frondosas copas de los álamos que impedían la tenue claridad del crepúsculo. Habia sonado el toque de oraciones en Santa Maria, y las puertas de la fortaleza se habian cerrado tras del último valetudinario que subiera á recrearse en aquella última mansion de moros. Solitaria y silenciosa se hallaba la Alhambra, cuyas alamedas sombrías en aquella hora, tenían un aspecto lugubre y melancólico. Los pájaros no cantaban, y la brisa no movía las flores. Un hombre tan solo con precipitado paso, avanzaba en dirección de la torre de los Siete suelos. Al cabo de algunos minutos, presentóse á sus ojos el negro torreón, que se dibujaba apenas cual fantástica sombra en la azulada bóveda del cielo, sembrada de tibias estrellas. Apresuró su paso el caminante, subió á un montecillo que distaba pocos pasos de aquella sombría mole, y desde la cual se divisaba la espantosa boca de los suelos, y quedó parado ante el espectáculo que se dominara desde allí.

Un hombre y una muger estrechamente abrazados, estaban al pie de la torre, sus cabezas juntas, juntos sus pechos, sus manos entrelazadas.... Un vértigo espantoso se apoderó de sí, zumbaban los oídos, y sus pupilas se inyectaron de sangre. Habia reconocido á su muger. La sorprendía con su amante.... su deshonra era cierta. Precipitóse hacia el grupo.... no veía....

Al ruido de sus pasos, desprendióse el hombre de su compañera y desapareció con una rápida huida. La muger cayó desplomada. Llegóse á ella don Mendo, sacó un puñal, y hundió cien veces su acerada hoja en el pecho de la desgraciada. La sangre brotaba á borbotones. Su vista aumentaba su delirio y hería.... hería sin cesar. Hartóse de sangre. El cuerpo de doña Mencía, estaba acerbillado á puñaladas. Buscó luego don Mendo por todo el terraplen á su cómplice, pero nada veía.... á nadie encontró. Entonces volvió al sitio de su asesinato, y levantando el ensangrentado cuerpo de su esposa, acercóse á la horrenda entrada de los Siete suelos y lo arrojó con violencia en su interior.

Marchó despues á su casa, llamó á sus hijos y encerrándose en la habitacion, volvió á leer el anónimo.

—No son mis hijos.... es verdad, ¡no son mis hijos! exclamaba, acometido de un nuevo delirio.... ¡son las trompetas que publican mi deshonra!.... pronto callarán.... no mas infamias.... mueran esas manchas que envilecen mi existencia.... pero aun no es hora. Espéremos, y empezó á dar grandes carreras por la habitacion.

Los niños, apiñados unos contra otros y llenos de miedo, miraban á su padre con espantados ojos. El mayor de ellos llevaba en sus brazos al que estaba aun en mantillas. Así lo habia ordenado don Mendo.

Pasaba el tiempo. Eran las doce de la noche. Entonces, mandó á los niños que le siguiesen. Salieron por una puerta secreta, y al cabo de algun tiempo llegaron al fatal sitio de los Siete suelos. Entonces, un sentimiento de compasion despertóse en el alma de don Mendo. Erizáronsele los cabellos y miró á sus hijos. Un grito de pavor exhalaban estos al ver el gesto de su padre, y temblando de terror, se agrupaban exclamando.

—¡Madre mia! madre mia!

Aquellas voces que retumbaban en las bóvedas de la caverna, presentaron en la demente imaginacion de don Mendo, la escena que habia presenciado en aquel lugar, pocos momentos antes.

—No son mis hijos, espresó con balbuciente voz por la cólera que le dominaba, y en un estado de locura casi completo, dió de puñaladas á los pobres niños, arrojándolos como á su madre en aquella formidable garganta. Uno de ellos pudo escaparse y echó á correr llorando por el terraplen, pero oyó sus lamentos, el feroz alcaide y alcanzándolo prontamente lo asió por los cabellos, y arrastrólo á los Siete suelos, donde sufrió la misma suerte que los demas hermanos.

—Ya está cumplida la justicia, exclamó con bronca voz, nadie queda de esa maldita raza, estoy vengado....

Un ¡ay! tremebundo, resonó en aquel momento que repitieron los huecos de las torres de la Alhambra, y un hombre deslizóse por entre los matorros que cubrían el terraplen. Era don Hiscio.

Corrió hacia aquella sombra don Mendo, pero se le fué de entre sus manos, y rugiendo como una hiena á quien arrebatan su hijo, dirigióse á su casa exclamando.

—Será el amante; pero que el cielo me confunda si antes de tres dias, no bebo de toda la sangre de sus venas.

Y entró en su habitacion por la escalera secreta.

IV.

Trascurrieron algunos dias. Don Hiscio se habia marchado á Madrid. Don Mendo quedó solo en su casa. Pasado aquel arrebato que oscureció su discernimiento, entró la reflexion con sus aterradoras luces. Una voz le gritaba desde el interior de su pecho «asesino, asesino» y ya sentía los atroces efectos de una conciencia cargada de crímenes. Verdad que procuraba hacer frente á esta acusacion, presentando á doña Mencía en el lleno de su falta; ¡pero era acaso igual la culpa al castigo? ¿Y los inocentes niños, qué parte tenían en los deslices de una madre cruel é impura? Estos pensamientos maceraban la imaginacion del alcaide sin dejarle un momento de reposo. El sueño huyó de sus párpados y la intranquilidad reinaba en su espíritu. Además, el crimen podía descubrirse. Algunas habillitas circulaban entre el vulgo, sobre la desaparicion de doña Mencía y sus hijos; podían formalizarse y llegar hasta los jueces, á quienes tendria que dar cuenta de su familia; ¿y qué hacer en tan apurada situacion? Lo primero ante todas

cosas era impedir la entrada en los Siete suelos, que siendo visitados por algunos extranjeros infaliblemente encontrarían los cadáveres y.... entonces desgraciado de él. Pensando en este asunto, tuvo una idea que puso en ejecución desde luego.

Como descendiente de una de las mas ilustres casas de Granada, la afición dominante en aquellos tiempos que era la caza del jabali, habiánsela transmitido sus antepasados, y tenía en su poder una brillante y gran jauría de perros. A las once de la noche, cuando dormían todos sus criados bajaba al establo, donde estaban los lebreles, y salía por la puerta secreta á la Alhambra rodeado de todos ellos. Llegaba á los Siete suelos y se escondía detrás de un hueco. Si por casualidad algún miserable habitante de los que poblaban alguna de las cuevas cercanas á aquel sitio, acertaba á pasar por aquellos contornos, silbaba á sus perros el toque de acometida, y salían como centellas ladrando y persiguiendo al extraviado transeúnte, que miedoso como todo el vulgo de aquella época, creía ver en los perros espíritus del mal en figura de canes, y corrían desparvoridos á encerrarse en sus chozas, donde pálidos, jadeantes y con el pelo erizado referían á su familia el espantoso peligro á que habían estado espuestos. Estos sucesos fueron corriendo de boca en boca, y á los pocos días, toda Granada creía sin la menor duda que de los Siete suelos salían caballos descabezados y enormes perros lanudos que perseguían y acosaban al insensato que tuviera la osadía ó desgracia de pasar cerca de aquel medroso sitio á media noche, dando esto lugar á inverosímiles anécdotas de cerebros vacíos, que aun se conservan entre algunas personas de los tiempos que alcanzamos. (1)

La conciencia de don Mendo cada día le fatigaba con mas ahínco. La gente no cesaba de hablar de la desaparición de su familia, y ya iba hallando eco este suceso en los tribunales.

Era un día del riguroso invierno. Don Mendo solo en su habitación, á vuelta con sus remordimientos, tomaba con inapetencia una jicara de chocolate. Un criado se le presenta y le entrega una carta con sello negro. Rompe el sobre y abre el pergamino. Era de don Hiscio. Hallábase cercano al sepulcro y quería depositar en don Mendo el peso que oprimía su alma, pidiéndole perdón de un gran delito. Contábase que los amores de su esposa doña Mencia eran falsos. Que habiéndole parecido hermosa, y no pudiendo vencer su obstinación en ser fiel á sus deberes, había manejado toda la intriga de que habían sido víctimas doña Mencia y sus hijos, valiéndose al intento de una familia de gitanos, quien por algún dinero ofreció hacerlo de modo que no quedase duda del adulterio de doña Mencia, tomando á su cargo el llevarla á la torre y presentar las cosas bajo la impúdica apariencia que fascinara á don Mendo; que conociendo se acercaba su última hora, y arrepentido verdaderamente de aquella falacia, pedía misericordia á María Santísima, y á él su perdón.

Imposible es pintar el anonadamiento en que cayó el infeliz don Mendo al leer el escrito del pérfido don

(1) Creían antes á puño cerrado, que todas las noches á las doce en punto salía de los Siete suelos un caballo sin cabeza, y un perro, todo de lanas, sin cuerpo material alguno, á los que llamaban *el Descabezado y el Lanudo*, quienes paseaban corriendo toda la Alhambra bajando á veces hasta la ciudad. Estos eran los guardianes de los tesoros que escondieron los árabes al tiempo de su espulsion, con la esperanza de volver á reconquistar á Granada. La torre de los Siete suelos fué demolida en parte cuando se hicieron las fortificaciones en 1856, estando reducida en el día á una especie de plataforma. La bajada á estos suelos está completamente inaccesible por los escombros é inmundicias de que se halla llena.

Hiscio. Permaneció largo rato sumergido en sus pensamientos, y no salió de aquel estado sino para caer de rodillas elevando las manos al cielo y orar. Después se levantó un poco mas tranquilo; había tomado una irrevocable resolución. Pidió su gaban y sombrero, y se fué á la Alhambra. A poco de haber salido de su casa, fué detenido por un alguacil acompañado de varios corchetes, quien le preguntó:

—¿Sois don Mendo de Alcaráz, alcaide de esta fortaleza?

—El mismo soy, respondió el alcaide con voz firme.

—Tened entonces la bondad de seguirnos.

—¿A dónde?

—A la prision de estado.

—¿De qué se me acusa?

—De haber hecho desaparecer á vuestra familia.

No preguntó mas don Mendo, y siguió tranquilo á los alguaciles á la cárcel de corte, donde fué puesto en prision. En la primera comparecencia que tuvo ante los jueces, confesó su crimen con todos los detalles, declarándose culpable. Sacáronse los mutilados cadáveres, se instruyó el competente proceso, y fué condenado á la pena capital. Sus parientes solicitaron de los tribunales una próroga para representar al rey, impetrando el perdón de don Mendo, y detuvieron un mes la ejecución de la sentencia.

V.

Amaneció un día frío y nebuloso. Las primeras personas que acertaron á pasar por la plaza Nueva, vieron no sin asombro el espectáculo que se ofrecía á su vista, quedándose paradas por algún tiempo. En el costado del Poniente, se levantaba un tablado de diez varas de largo y seis de ancho, forrado de un paño negro que bajaba hasta el suelo. Un tajo había colocado en el centro, también enlutado, y un hacha cerca de él. En el extremo opuesto al de las escaleras, que eran catorce, y sobre un pequeño altar también cubierto de negro, estaba un mediano Crucifijo, alumbrado por cuatro hachones de cera amarilla. Un piquete de guardias del rey, custodiaba el tablado, viéndose á los centinelas, que mustios y sombríos paseaban por los ángulos.

Pronto cundió por Granada la noticia de este extraño incidente, y á las diez del día, era imposible transitar por entre el inmenso gentío que ocupaba la plaza. Todos se preguntaban quien era el reo y nadie sabía que contestar. Los balcones y ventanas aparecían también llenos de gente, y los muchachos encaramados sobre los marcos salientes de las puertas y algunas rejías, ponían en movimiento á la multitud, con el alarmante grillo de «ya vienen, ya vienen.» Arremolinábase la muchedumbre, empujábanse los hombres estirando cuanto mas podían la cabeza, y nada les era posible ver. Los muchachos entonces prorumpían en grandes carcajadas y silbidos, y la gente burlada, tornaba á rehacerse y á esperar refunfuñando, hasta que otra vez las voces de los pilluelos, volvían á ponerla en movimiento.

Serian mas de las once cuando el sonido de unas destempladas trompetas, pusieron en grande agitación á todos los espectadores, cansados de tanto aguardar; y ocho guardias de á caballo, entrando de improviso en la plaza, abrieron calle hasta el tablado, no sin que esta brusca acometida produjese sendos pisotones y puñadas en la estrujada multitud. Hecho ya este camino, un fúnebre cortejo entró por él con lento paso, procediendo de la calle de Elvira. Un piquete de soldados con su oficial á la cabeza, abría la comitiva. Seguían de dos en dos y á caballo, los ministriles de la justicia vestidos de negro. Detrás iban á pie hasta doce sacerdotes, con

sus hábitos y sombreros de canal en la mano. Seguían á estos, la parroquia con luces y manguilla, llevando cuatro monaguillos una enlutada caja, y gran número de curas con sobrepellices cantando el salmo *Miserere mei*. Una carroza cubierta, tirada por dos caballos iba á continuación, cercada por dos hileras de guardias, y detrás caminaba á pie, el ejecutor de la ley acompañado de sus ayudantes, cerrando la marcha un escuadrón de la misma tropa.

Al llegar los primeros al tablado, hicieron alto, y formando calle la comitiva dividiéndose en dos alas, avanzó hasta allí la carroza y el ejecutor. Abrióse la portezuela. Los soldados formaron un gran cerco, callaron las preces, y todas las miradas se dirigieron entonces hacia aquel lugar, esperando conocer á la víctima. Un hombre de rostro enjuto, pálido y macilento, vestido con una ropilla de terciopelo negro, salió del coche seguido de un cura. La mayor parte de la concurrencia, no le conocía. Era don Mendo de Alcaráz, alcaide de la fortaleza de la Alhambra. Subió con resuelto paso las escaleras del patíbulo. El cura iba á su lado. Dirigióse don Mendo al altar, y postrándose de hinojos ante el Crucifijo, permaneció largo rato en oración.

Entretanto, ya estaban encima el verdugo y sus ayudantes disponiendo aquellos terribles preparativos.

Levantóse el reo, y á una seña de éste se le acercó el sacerdote.

—¿Teneis algo que declarar? hijo mio, preguntó con dulce y afligida voz.

—Una cosa tan solo, contestó firmemente don Mendo. Cuando mi cabeza haya sido dividida del tronco, desabrochad mi ropilla y hallareis junto á mi pecho un papel. Leedlo en alta voz y entregádselo á mis jueces. Nada mas deseo. ¿Lo hareis tal como lo digo?

—Si, hijo mio, se cumplirá tu última voluntad.

—Gracias, padre. Ahora dadme vuestra bendición, el verdugo me aguarda.

Postróse de nuevo don Mendo, y recibió del sacerdote su bendición. En seguida se puso á disposición de los sayones. Ejecutaron estos sus repugnantes manobras, y á los pocos minutos solo quedaban en el centro del tablado el verdugo y su víctima. Levantó aquel el hacha, la hizo girar alrededor de su cabeza describiendo un círculo en el aire, y cayó sobre el tajo con una fuerza brutal. La cabeza de don Mendo rodó por el tablado. Un grito de terror salió de la multitud, y los sacerdotes volvieron á entonar los salmos. Entonces el clérigo que acompañó al alcaide, se acercó á su tronco ensangrentado, desabrochó su ropilla, y sacó un papel doblado, mandó subir á los ministriles, reclamó silencio de la multitud, y dijo con firme y sonora voz:

—Es la voluntad del alcaide don Mendo de Alcaráz, que lea este documento en alta voz y despues de su muerte, para que sea notorio al pueblo de Granada, oíd.

Y en seguida abriendo el papel, leyó lo siguiente:

«Nos don Felipe II, rey de las Españas.

«En vista de la causa formada en la chancilleria de Granada contra don Mendo de Alcaráz, alcaide de la fortaleza de la Alhambra, por el asesinato cometido en la persona de su esposa é hijos, y atendiendo á las circunstancias que le impulsaron á tamaño crimen y al estado de su salud próximo á la demencia, siendo en uno de los vértigos que padecía cuando hizo el daño por el que ha sido condenado, en uso de nuestras reales facultades, indultamos al referido don Mendo de Alcaráz de la pena capital que le ha sido impuesta, mandando en su lugar, la prision perpetua en una de las torres de su alcaldia.»

FIRMADO, etc.

Una exclamación general de asombro, respondió á esta lectura, el mismo sacerdote casi pudo concluir. ¡El perdón rehusado por la víctima!

Pero aun tenia mas escrito el documento. A continuación de la firma del rey, seguian del puño y letra de don Mendo estas palabras.

«Mi familia por evitar la mancha que caería sobre su nobleza, si uno de su claro linage pereciese en un patíbulo, como por librarme de muerte tan ignominiosa, ha arrancado de la clemencia del rey, el perdón á que no soy merecedor. Conseguí que se me entregase este documento en vez de que lo hicieran al presidente de la chancilleria, porque de este modo se frustraba mi objeto; quiero morir, porque solo veo esta espacion en la tierra á mi bárbaro crimen. Dios graduará si es suficiente en su infinita misericordia.

MENDO DE ALCARAZ.

Acabó el sacerdote su lectura, hizo una breve oración y bajó del tablado, incorporándose á la fúnebre comitiva que marchó con el mismo orden que viniera. El cuerpo de don Mendo y su cabeza, fueron recogidos y colocados en el féretro que traían.

La muchedumbre fué retirándose mística, silenciosa y acongojada, y al cabo de una hora quedó solo y desamparado el colosal patíbulo.

Al día siguiente, y en el mismo sitio de la ejecución, apareció una grande cruz de piedra cercada de un cuadrilongo enverjado de hierro, de igual dimension que los ángulos del tablado. Esta cruz tomó el nombre de la plaza en que estaba colocada. (1)

(1) Cuando la venida de devastación de las tropas francesas en 1310, una de sus muchas preezas fué la de arrancar la verja de hierro dejando la cruz solamente; que permaneció en el mismo sitio, hasta que el señor Romero, gobernador civil de Granada en 1356, mandó quitarla.

JOSE J. SOLER.



ESPAÑA CABALLERESCA.



TRES AMANTES Y NINGUNO!

O LOS ULTIMOS AÑOS DE CARLOS II.

(1680.)

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.

I.

La España había llegado al mas alto punto de su gloria en el reinado de Carlos V. A Carlos V, humillando en un claustro su frente fatigada y cargada de tantas coronas, sucede Felipe II, sombrero y político monarca, que con la suerte de sus armas y el oro del Nuevo Mundo, estiende sus posesiones de Ultramar á las regiones del Asia, conquista el Portugal, inquieta la Inglaterra, perturba la Francia, y llama sobre él la atención de la Europa. Bajo un exterior brillante, bajo el manto de púrpura y de oro, se encontraba un cuerpo doliente que debilitaba una enfermedad funesta. El movimiento retrógrado que conduce á los pueblos al embrutecimiento y á la miseria, comienza en el reinado de Felipe III, y en vano Felipe IV lucha contra el torrente que arrastra su desventurado reino. Sublevaciones apagadas por vergonzosas concesiones, guerras desastrosas terminadas por ignominiosos tratados, el gabinete de un favorito como el conde-duque de Olivares, quitaron á su gobierno toda la energía, todo su poder moral. Tocaba la España al último grado de la degradación y de la impotencia cuando la fatalidad, como para darle el último golpe, le impuso por rey á Carlos II, el mas débil de los hombres, el mas incapaz de los monarcas. Con él desaparecen los últimos restos de la grandeza española, desaparece aquella brillante literatura que había hecho de Castilla una nueva Grecia. El silencio de la vergüenza, la oscuridad de la ignorancia y las hogueras de la inquisición brillan solas en medio de tan sombría noche. Tal es el cuadro doloroso que ofrece España en los últimos años del reinado de Carlos II!!

Proclamado rey antes de llegar á los cinco años de edad, doña María Ana de Austria tomó las riendas del gobierno, pero de un carácter imperioso, no quiere reconocer límites en su autoridad. Prescinde del consejo de regencia nombrado por Felipe IV, y concede todo su favor á su confesor el jesuita P. Nithard. Una revolución popular la hace alejar de su lado á Nithard, y derramar muchas lágrimas, que enjuga en breve un nuevo favorito, don Fernando de Valenzuela, jóven de buena figura, gracioso, poeta y de talento. Desde page sube rápidamente á las mas altas dignidades, y en poco tiempo es elevado por el capricho de la regente al ministerio y colocado entre los grandes de primera clase. Los destinos de la nación quedan á merced suya, y usó á su arbitrio de la autoridad soberana. Carlos á los quince años sale de noche y como fugitivo de la compañía de su madre, se vá al palacio del Buen-Retiro, y toma en su mano débil las riendas del gobierno. Los enemigos de la reina

madre hacen venir del destierro á don Juan de Austria, bastardo de Felipe IV y de la célebre comica la Calderona, y lo ponen al frente del gobierno. La reina madre es desterrada á Toledo, y Valenzuela perseguido, busca en vano un asilo en el Escorial. Descubierto allí es maltratado, preso y enviado á Filipinas, degradado de todas sus dignidades y confiscados sus bienes. Carlos II era incapaz de gobernar. Débil de cuerpo, apocado de espíritu, es el juguete de los que le rodean.

Don Juan de Austria concierta su casamiento con María Luisa de Orleans, sobrina de Luis XIV, pero este matrimonio es el último acto de la política de don Juan de Austria. Don Juan muere dos meses antes de llegar á España la bella princesa francesa, y la reina madre doña María Ana vuelve á la corte triunfante y á dominar esclusivamente en el corazón de su imbécil hijo.

María Luisa de Orleans, una de las princesas mas bellas de Europa, amaba al delfín de Francia, de quien era tiernamente correspondida. Luis XIV que todo lo sacrificaba á su política ambiciosa y de engrandecimiento, concedió su mano á Carlos II. La desgraciada María Luisa tuvo que acallar los sentimientos de su corazón y venir á participar de un trono hermoso, si, pero en el tálamo de un rey impotente. Carlos II tenía diez y ocho años, y la palidez de su rostro, las preces arrugas de su frente, cuya blancura realzaban sus lábios y rubios cabellos, la debilidad que se revelaba en todos sus movimientos le daban el aspecto de la ancianidad y la decrepitud. María Luisa se hallaba en la flor de su edad, llena de belleza y salud, como la primera muger al salir en el Paraíso de las manos del Criador.

Carlos II salió á recibirla hasta Burgos, y marchó á su encuentro al pequeño pueblo de Quintanapalla. Transportado de amor y de impaciencia á vista de la hermosa María, Carlos II sin escuchar ningún consejo, quiso que se celebrase allí mismo su matrimonio aquel mismo día. La corte de Carlos II como la de todos los reyes de la dinastía austriaca, era la mas ceremoniosa y esclava de la etiqueta. Admiráronse todos de ver sacrificado el ceremonial de la corte á la impaciencia del jóven rey; y la consagración de tan augusto matrimonio celebrada en un miserable villorrio. María Luisa tuvo que despedir allí su servidumbre francesa, y aunque inconsolable en su pena, la ocultó á los ojos de todos. Fué como una nueva despedida eterna á la Francia el acto de quitarse para siempre, pocas horas antes de su boda, los vestidos franceses, y dejar aprisionar su esbelto talle en el apretado y emballado corsé de un vestido español: deshicieronla los sedosos y flotantes bucles de sus negros cabellos que tan bien sentaban á su blanquísimo cuello, para teger dos anchas trenzas recogidas al rededor de sus sienes. Un riquísimo vestido de terciopelo negro recamado de oro, y abotonado hasta el cuello, con anchas mangas, cubrió enteramente la mas hermosa espalda, los mas bellos brazos del mundo.

Verificado el matrimonio, marcharon inmediatamente los reyes á Burgos; el rey parecia muy enamorado, la reina muy silenciosa. Llegó la noche, y la nupcial estancia del palacio de Burgos, parecia de tristísimo agüero á la bella María. Aquella estancia, como la de todos los palacios de España era inmensa, sus paredes

cubiertas de riquísimos tapices flamencos, una gran cama aprisionada con pesadas cortinas de terciopelo encarnado con flecos de oro ennegrecidos por el tiempo, inspiraban un profundo terror. El adorno principal de este gran lecho era un Crucifijo de marfil sobre un fondo de ébano ricamente esculpido, y que parecía puesto allí como el ejemplo divino de una resignación heroica!

Al día siguiente las miradas curiosas é indiscretas de los cortesanos, fijáronse sobre la reina, cuando acompañada del rey fué al monasterio de las Huelgas. Los ojos de la reina estaban serenos, fijos, no espresaban nada. Los que conocían la impotencia de Carlos II no extrañaban en ver á la reina con los ojos bajos. El aire tímido y sonrojado es el mas bello adorno del día siguiente de la boda. La corte se trasladó á Madrid.

Maria Luisa vivió en el palacio de Madrid mas como una prisionera que como una reina. Víctima de la etiqueta estremada de la corte y de las exigencias de su camarera mayor la duquesa de Terranova, su vida era un prolongado martirio. Espiada en sus menores acciones, objeto de los celos de Carlos II, envidiaba la suerte de la mas infeliz muger de su reino.

En vano la reina hubiera deseado corresponder al amor del rey. El amor del rey!... ese amor no era mas que un tormento para él... un suplicio que hubiera aumentado la ternura de la reina. La reina le amaba con toda la afección, con toda la compasión de su alma. Estaba sometida á todos sus deseos, tenia por él el mayor cuidado y deferencias, mostraba grande celo en disipar sus temores, en prevenir sus menores caprichos, la mayor paciencia en conformarse á las exigencias de esa corte insípida, y á la tiranía de la camarera mayor. Tal era el interés que Carlos inspiraba á Maria Luisa; pero ese interés fundado sobre su desgracia, era todo cuanto ella podia sentir por él....

Para lisongear el amor propio del rey, se extendió varias veces en la corte la noticia del embarazo de la reina, y aunque la reina se indignaba de que se esparciesen estos engañosos rumores, el rey los aprobaba, y el tiempo los desmentía despues. Las iglesias hicieron rogativas, el tribunal de la inquisición persuadió al rey que la celebracion de un auto de fé seria un acto que obtendría del cielo la ansiada sucesión. El 30 de junio de 1680, en la plaza Mayor de Madrid se celebró este acto horrendo y execrable, en que fueron condenados á las llamas mas de doscientas personas acusadas de herejía y judaismo. Maria Luisa tuvo á su pesar que presenciar tan sangriento y cruel espectáculo. La ejecución de los reos se verificó fuera de la puerta de Fuencarral.

El rey Carlos II, cada día iba debilitándose mas. El reino era gobernado por el duque de Medinaceli, que habia sucedido en el ministerio á don Juan de Austria. La salud del rey ofrecia pocas garantías de vida. La Europa tenia fijos sus ojos en la próxima eventualidad de su muerte. Carlos II no tenia sucesión, y la casa de Austria iba á desaparecer del trono de los españoles. La reina madre era decidida partidaria de su familia, la casa de Austria. Maria Luisa, sobrina de Luis XIV habia sido sacrificada por este monarca arrojándola en los brazos de Carlos II para que velase por los intereses de la Francia. La esclavitud en que se hallaba la reina, tocaba al último extremo. La camarera de la reina, la duquesa de Terranova, y el confesor del rey el P. Reluz, dominico, la fatigaban con su incesante persecución. Quisieron alejar de ella la única persona francesa que habia conservado á su lado, su nodriza Mad. de Viremont. Una denuncia hecha por un francés, criado de la duquesa de Terranova, acusó á Mad. de Viremont de haber querido envenenar al rey. La infeliz muger fué presa, puesta en el tormento, negó constantemente y al fin fué reconocida su inocencia. Una acusación tan

grave hecha á una persona tan íntimamente ligada con la reina, era sospechar de la reina misma.

Carlos II no creyó la acusación, pero su debilidad dejó impunes á los calumniadores. Maria Luisa se hallaba gravemente amenazada, los que no habian temido atentar contra su honor con tan infame acusación no temerian atentar contra su vida! La marquesa de Terranova y el P. Reluz no limitaron sus tiros á la reina solo, quisieron hacer con su influencia depocer del ministerio al duque de Medinaceli. El rey que habia resistido á las súplicas de su bella esposa, tuvo que ceder á la exigencia del duque de Medinaceli, que pretestó la imposibilidad de continuar rigiendo el gobierno de la monarquía, interin la camarera mayor y el confesor entorpecian su marcha y dió su dimisión. El rey cedió aterrado á la idea de tener que abandonar su ministro, pero puso una condición que demostró su carácter débil y supeditado á la influencia del clero: que el inquisidor general Valladares aprobase los nuevos nombramientos de camarera mayor y confesor, y que una vez nombrados no volvieran nunca á mudarse.—La duquesa de Alburquerque remplazó á la de Terranova, el dominico P. Bayona al P. Reluz.—La reina madre ejercia siempre la mas absoluta influencia.

II.

La enfermedad de Carlos II seguia siempre con mas alarmantes sintomas. El Austria mandó un enviado extraordinario cerca de Carlos II, mas para espiar los progresos de su enfermedad y para disponerlo todo á fin de apoderarse de su sucesión si llegaba á faltar, conservandola así á la casa de Austria, que para llenar las funciones diplomáticas de embajador.

Este embajador era el conde de Mansfeld!

Mansfeld se hallaba en la flor de su edad, era uno de los hombres mas hermosos de Alemania. Sus disipaciones recientes le habian empobrecido. Sus modales eran agradables y distinguidos por una esmerada educación. Una alegría imperturbable brillaba en su rostro, y ocultaba como una máscara las sensaciones de su alma, donde no hallaban acceso los ecos de la conciencia y de la probidad. Era un consumado intrigante, que necesitaba á toda costa oro, sin reparar en los medios de adquirirlo. Semejante hombre debia ejercer una grande influencia en un estado como la España de Carlos II.

La situación de la nación era muy crítica. La alteración del valor de la moneda habia dado un golpe mortal al crédito: la peste asolaba las hermosas poblaciones de Andalucía: el hambre se hacia sentir de un modo horroroso en muchas provincias. Era precisa toda la postración en que se hallaba España, todo el respeto que aun tenia á su rey, para que no se revelase contra tan deplorable administración. El duque de Medinaceli mas de una vez pensó en abandonar el timón del estado, pero le contuvo el temor de que se apoderasen de él sus enemigos.

El conde de Monterey, grande de España, jóven general, cuyo nombre se habia ilustrado en los campos de batalla, se ligó con el conde de Oropesa y otros para hacer caer del poder al ministro Medinaceli, ó al menos oponerse á las desastrosas medidas de su administración. No era solo el amor del país el que animaba á Monterey. Desterrado por don Juan de Austria, habia debido su vuelta á la corte á Maria Luisa, que habia en los primeros dias de su boda obtenido su perdón. Su gratitud se aumentó al conocer á su protectora, empero su corazón se engañaba creyendo obedecer solo al reconocimiento, obedecía á un sentimiento mas vehemente,

mas puro, al amor, pero á un amor ideal que ocupaba, absorbía completamente su existencia. Monterey era demasiado valiente, habia muchas veces arriesgado su vida en los campos de batalla, para que pudiese contentarle el ejemplo del conde de Villamediana, muerto á puñaladas en el reinado de Felipe IV, por haber osado amar á la reina, pero amaba tanto á Maria Luisa que sabia que la menor sospecha le haria volver al destierro, y el destierro era un suplicio mil veces mas cruel que morir por la persona amada, pues dejándole la vida para sentir, le privaba de la felicidad de verla, de admirarla todos los dias, de estar á su lado aunque sin esperanza de inspirarla interés alguno por su pasion, y así Monterey guardó en eterno secreto su amor satisfecho con sentirlo, sin cuidarse de inspirarlo.

La profunda tristeza de la reina, la vida de enfermedad á que se resignaba sin tratar de inspirar compasion, la severidad de su trato sin permitirse la menor coqueteria, hubieran podido hacer tan fácil la discrecion del conde de Monterey, si los encantos de Maria Luisa, la gracia que resaltaba en sus menores acciones, en sus palabras mas insignificantes, no hubiesen sin saberlo ella, perturbado el alma de los que por su cargo en la corte tenian la dicha de verla de continuo, de estar á su lado frecuentemente. Renunciar á una felicidad que no se puede alcanzar lo hacen todos, empero ver á un rival mas audaz obtener la menor preferencia que uno no hubiera osado ni desear, es superior á todas las fuerzas humanas.

El embajador de Francia en España, el marqués de Pas Feuquieres, murió en tres dias de una aguda pulmonia, Luis XIV, que lo estimaba mucho, nombró para sucederle al conde Rebenac, su hijo.

Maria Luisa conservaba una idea confusa del conde de Rebenac, lo habia visto en Paris y Versailles, en la corte donde los objetos desaparecen con tanta facilidad nada esperaba, nada temia de él.

No sucedió lo mismo á Rebenac, habia visto siempre estasiado á la bella princesa y así, al recibir la mision de reemplazar á su padre, halló un alivio en su duelo y se entregó su alma á un delirio fácil de concebir. Nunca las gracias, la hermosura, el infortunio de una muger hicieron mas honda impresion en un alma apasionada. Los peligros de la guerra, las serias ocupaciones de la politica, la ausencia, la desconfianza y desesperacion de poder nunca alcanzar el triunfo de un amor imposible, nada habia podido calmar los sentimientos y amortiguar la pasion del jóven conde de Rebenac. Alimentaba desde que vió en Versailles á Maria Luisa una silenciosa y violenta pasion, tributábala en su corazon un culto fantástico en que se concentraban todas sus ideas, que mantenian su imaginacion en un mundo ideal y al que sacrificaba todos los bienes para entregarse al placer de soñar en imposibles. En vano habia pedido muchas veces licencia para venir á Madrid á pretexto de visitar á su padre, para ver de cerca el ídolo de su corazon. Enviado del rey de Francia en Brandebourg, el servicio del rey se lo habia impedido. Nombrado embajador de Madrid, voló á esta capital lleno de amor, lleno de terror de que al verse cerca de Maria Luisa pudiesen leer en su semblante su antigua y misteriosa pasion. Poder contemplar todos los dias esa muger angelical cuyo recuerdo era toda su vida: podia oirla y hablarla á solas como embajador de familia, socorrerla, estar autorizado por el monarca mas grande de Europa para velar por ella y protegerla contra la intriga y la tiranía.... ¡Qué divina mision! ¡Cuán grata para un corazon amante arriesgar en cumplirla su existencia!

Rebenac durante su viage á Madrid hizo mil veces con su conciencia juramento de morir primero que revelar el secreto de su corazon. La Europa entera conocia el esta-

do de Carlos II. La falta de un heredero á su corona ocupaba é interesaba hasta el mas alto punto á las dos grandes potencias interesadas en los derechos de su sucesion. La desgracia de la reina era el objeto de continuas notas diplomáticas. Pensaba Rebenac en la posibilidad de que la reina, rodeada de cortesanos y grandes, ansiosos de complacerla y agradarla, hubiese buscado entre ellos uno que la consolase en sus pesares; nada se decia, nada se murmuraba de esto; pero creia Rebenac que era posible el secreto cuando la menor imprudencia costaria la vida del indiscreto amante. Su imaginacion celosa le atormentaba.

El conde de Rebenac llegó á Madrid y tuvo que aguardar á que le señalase el rey el dia de recibirle solemnemente. ¡Cuán largos se le hicieron estos dias! Hablaban á todos para disipar sus temores, y todos á su vez le hablaban de la hermosura de Luisa, de sus pesares, ninguno de sus amores. Luisa era pura como el ángel de la resignacion y del sufrimiento! Hallarse tan cerca de Maria Luisa y no verla aun y tener que aguardar á que la recepcion solemne del rey le pudiese en ejercicio de las funciones de embajador. Qué tormento! Qué terrible dilacion!

Rebenac trató de ver aunque fuese furtivamente á Maria Luisa, espió cuidadosamente las horas, los sitios, en que pudiese salir á paseo, pero la reina al lado siempre de su esposo enfermo, salia pocas veces. Un desastre ocurrido en Nápoles por un temblor de tierra, hizo que Carlos II ordenase rogativas públicas. El mismo quiso acompañado de la reina madre y de la reina Maria Luisa, asistir al convento de Atocha. Rebenac se mezcló entre la confusa multitud que aguardaba á la puerta del templo ver á los reyes. Rebenac vió á Maria Luisa siempre tan hermosa como la habia visto la primera vez en Versailles, como se conservaba su encantadora imagen grabada en caracteres de fuego en su corazon apasionado. Rebenac, creia desconocido poder saborear el placer de ver á la reina sin ser notado, pero apenas habia pasado la reina cuando sus ojos estasiados la seguian aun, una de las damas de la comitiva le reconoce y le saluda por su nombre. Rebenac vuelve en sí de su amoroso éxtasis, fija sus miradas en aquella dama jóven, hermosa tambien y deslumbradora por sus gracias y sus riquezas, y reconoce á la condesa de Soissons y se aleja precipitadamente confundido entre la apiñada y ansiosa muchedumbre.

Profundamente pensativo y melancólico quedó Rebenac con tan inesperado encuentro. La condesa de Soissons, desterrada á Bruselas como cómplice de la célebre envenenadora La Voisin, entre las damas de la reina! ¿Qué poder infernal la habia traído á refugiarse en la corte de Carlos II, al lado de una reina ángel de candor y de pureza? ¿Quién la protegía? Era un instrumento secreto de una intriga abominable? En tales reflexiones se perdía la imaginacion exaltada de Rebenac.

La condesa de Soissons era en efecto uno de los instrumentos de la intriga del poder austriaco. La doble corona de Carlos V se escapaba á esta potencia sin uno de estos dos medios, ó el nacimiento de un heredero, ó la muerte de la reina Maria Luisa, sobrina de Luis XIV.

Difícil era el primer medio pero la politica se atreve á todo, porque el resultado justifica los medios á los ojos de las potestades y hombres de estado del mundo. ¿Qué es en efecto el honor de una muger, comparado con los grandes intereses de un gobierno ambicioso, ó las terribles consecuencias de una larga y desastrosa guerra entre varias naciones?

El conde Mansfeld fué el encargado por el emperador de Alemania, en cuyo consejo se habia debatido en todas sus fases esta cuestion que iba á afectar al mundo, de hacer llegar á oídos de la reina proposiciones tan difíciles de hacer como de escuchar.

El conde Mansfeld se prestó á todo, pero pidió le desajasen la eleccion de los medios, de los instrumentos y cómplices. El Austria puso á su disposicion oro y todo su poder. Mansfeld habia conocido á la condesa de Soissons en su destierro. La condesa era una persona de distincion, de hermosura, de talento, enemiga de Luis XIV, que despues de haberla amado algun tiempo, la habia desterrado de Francia como cómplice de la infernal La Voisin. Mansfeld juzgó que la condesa de Soissons debia de precederle algun tiempo antes de su llegada á Madrid, para tener cerca de la reina un poderoso auxiliar. Hizo que el emperador de Austria, escribiese á su hermana, la reina madre de Carlos II, para que recibiese en su corte á la condesa. La condesa fué admitida y se apresuró á aprovecharse de este favor.

El conde de Mansfeld llegó á Madrid, todos ignoraban la parte que habia tenido en el favor que la condesa de Soissons gozaba en la corte, y especialmente con la reina madre. La condesa ignoraba aun de lo que se trataba. Su mision hasta entonces se habia reducido á ganarse la confianza de la reina, cosa que no le fué difícil por ser francesa y amar mucho á los de su patria Maria Luisa. Mansfeld debia revelarla todo el plan de los proyectos combinados en Austria.

Apenas llegó Mansfeld, á Madrid, antes de su recepcion solemne, escribió un billete solicitando ver á la condesa. Cualquiera al leer este billete, hubiera creído que solicitaba una cita amorosa de una antigua amiga. Mansfeld era muy galante y ni en sus palabras ni en sus escritos dejaba traslucir el menor pensamiento político. La condesa ignoraba hasta entonces la intriga de que iba á ser el principal instrumento, creyó un momento en volver á ver á suspiros al enamorado Mansfeld. Este le habia pedido la cita, no para su casa, sino para una habitacion misteriosa, destinada á citas amorosas; recurso á que se veian obligados á recurrir los grandes señores de una corte hipócrita y fanática.

Mansfeld habia adquirido en Francia, donde habia residido mucho tiempo y disipado en los placeres su patrimonio, ese aire ligero, festivo, y frívolo en la conversacion, que tanto contrasta con la gravedad severa de los alemanes, habia conservado empero un tono de bondad y franqueza que le atraian la confianza de los que trataba. Era necesario todo el tacto y experiencia de la condesa de Soissons para descubrir los atroces pensamientos de su alma perversa, al través de la máscara de alegría y candor que cubria su rostro inaccesible á toda sensacion.

—Perdon, lindisima condesa, por haberos citado á esta casa, pero razones de estado muy poderosas me han impedido el ir á vuestra casa.

—Ya creia yo, dijo la condesa con una amable sonrisa, que vuestra priesa no seria por verme mas pronto, pero sin averiguar el motivo he acudido á vuestra cita.

—¡Siempre bella, siempre encantadora, condesa! y al mismo tiempo estampó un ardiente beso en su blanquísima mano.

—Vos siempre tan galan, tan enamorado, como cuando os conocí en Bruselas.

—Quién nose prendaria de vos, condesa. La Francia ha sido muy ingrata privandose de vuestras gracias, de vuestro saber que tanto puede servirle.

—Si, muy ingrata ha sido conmigo, dijo suspirando la condesa, me ha creído cómplice de una execrable criminal, y me ha desterrado.

—Pero amais la Francia, la servireis.

—¿Qué puedo yo hacer por ella?

—Salvar uno de sus hijos, salvarla á ella misma de los horrores de una guerra inevitable.

—¡Creeis que yo pueda... os burlais, Mansfeld?

—Por las noticias que tengo, poseeis la confianza de

la reina, debeis corresponder á ella con una adhesion sincera.

—No debeis dudarlo: contestó sin pensar en lo que decia y ocupada toda en adivinar lo que el conde tan embarazado se veia para decirla.

—Esa desgraciada reina, tan bella, tan interesante, está en un gran peligro....

—¿Es posible?

—Si; su vida, por una terrible fatalidad, se opone al destino de un poderoso imperio.... una sola circunstancia podria salvarla de.... una muerte repentina.

—¡Me asustais!.... hablad, añadióla condesa viendo titubear al embajador.

—No es fácil haceros comprender....

—Explicáos, instó con impaciencia la condesa.

—Cuando la reina, continuó el conde, sepa que le es preciso elegir.... su eleccion creo que no será dudosa. Señora, desde que estais en Madrid no habeis visto, no habeis oido nada que os haga pensar que la reina prefiere á alguno de los señores de su corte?

—En vano he procurado descubrirlo, adivinarlo. Muchos suspiran visiblemente por su amor. El conde de Monterrey no setoma el trabajo de ocultar su adoracion, pero sus cuidados no le han merecido preferencia alguna, nadie habla de ningun favorito.

—Es peligroso el empleo, se arriesga la vida, no han olvidado aun al conde de Villamediana!

—El amor español no se intimida por eso. Por cualquiera de los que suspiran por la reina que se interesase ella, haria de él un héroe.

—¿Es preciso que haya un héroe! dijo Mansfeld.

—Y la virtud de la reina, que es un ángel de pureza?

—Para vencerla he recurrido yo á otro ángel de amor, de placeres, y cuyo ingenio puede vencerlo todo.

—¿Habeis contado conmigo para corromperla?

—No, para salvarla. La corona de España es preciso que á todo trance quede en la casa de Austria, y por derecho de herencia: es preciso que Carlos II tenga un hijo.....

—Si, pero.....

—Es preciso, se resigna uno á todos los sacrificios por conservar un trono. El inquisidor general, el confesor del rey, que son del Austria, probarán que la salvacion del estado en este mundo, y la de su alma en el otro, dependen de este sacrificio. En los anales mismos de esta nacion teneis ejemplos de esto. Enrique IV mismo asegura la sucesion favoreciendo los amores de su favorito Beltran de la Cueva con doña Juana de Portugal....

—Y si la reina indignada rechazase la proposicion.

—Entonces, dijo Mansfeld afectando pesar, nos veriamos obligados á buscar otra reina....

—¿La sacrificariais á vuestra política?

—Lo sentiria, contestó Mansfeld con indiferencia, pero mis órdenes son terminantes, positivas. Si yo rehuso ejecutarlas, otro las cumpliria con menos consideraciones que yo. Cuento con vos para que me ayudeis á dirigir la eleccion de la reina.

El conde Mansfeld no se atrevia á explicarse mas claramente con la condesa, pero el motivo de sus dudas era la apasionada admiracion que habia sentido desde el primer momento que vió á la reina. Jamás belleza alguna produjo tanta impresion sobre su corazon. Fácilmente se comprende que siendo su mision diplomática inclinar á la reina á un amor discreto, Mansfeld, jóven, hermoso, acostumbrado á agradar á las mugeres, trató de aprovechar á favor de él mismo la decision del gabinete de Viena. La vanidad de Mansfeld tan afortunado con otras bellezas rebeldes, se lisongeo á fuerza de cuidados y atenciones, de fijar la atencion de una reina aburrida de tristeza y de pesares.

La condesa de Soissons demasiado conocedora del

corazon humano, leyó lo que pasaba en el de Mansfeld. Vió con placer la pasión del conde, porque esa debilidad le ponía enteramente á su disposición, y la promedia un apoyo contra las tentativas de la Francia, que tenía reclamase su salida de la corte de Madrid.

—Veo, le dijo, á pesar de vuestro silencio, que tratais de ser el amante de la reina, que no os inquieta el respetuoso y silencioso amor de Monterey; ¿pero no habeis pensado en otro mas terrible y emprendedor? He visto en Atocha disfrazado al embajador de Francia que ha llegado hace pocos dias, y en cuanto me vió huyó precipitadamente.

—Tal vez queria ver nuestros rostros; antes de tener que tratar con nosotros, oir los rumores del pueblo para conocer su espíritu, el pueblo es poco discreto y habla libremente de sus gobernantes.

—No Mansfeld, el conde Rebenac tenía todo el aire de estar allí por su cuenta y no por los intereses de su amo.

—¿Alguna aventura amorosa? ¿Es buen mozo, galán?

—Es bellissimo, de gran talento, un hombre irresistible á quien no se puede ver sin fijar la atención en él, y que agrada sin pretenderlo. Esto es lo que yo he conocido en él, el poco tiempo que ha pasado en Bruselas.

—Cualquiera diria, condesa, que estais prendada de Rebenac... y sentiria me fuérais infiel con tan galán y hermoso caballero.

—No es de mí, estad seguro, de quien está prendado Rebenac, no se fijaron en mí sus miradas en la puerta de la iglesia de Atocha!

—Es decir, dijo Mansfeld con un aire de jovial ligereza, que somos ya tres amantes!

—Y ninguno!... contestó la condesa de Soissons.

—Es preciso uno, y que ese sea yo. Vuestra perspicacia desconcertará los proyectos del hermoso conde. La reina le recibirá con la benevolencia demasiado parcial tal vez que la inspira todo lo que es francés. A vos os toca destruirla. Sabeis lo que una palabra diestramente lanzada y como por casualidad, puede producir en el ánimo impresionable de una muger de una imaginación tan fácil de desencantar: decid á la reina todo lo que queráis, pero que no encuentre al embajador de su tío tan amable como vos lo ereeis. Obrad sin perder tiempo, y contad con el reconocimiento del Austria y el mío, la recompensa será inmensa. No lo olvideis, el Austria necesita que la reina elija un amante.... yo necesito que ese amante elegido sea el conde de Mansfeld!

Besó galantemente la mano de la condesa y se retiró.

No necesitaba la condesa de Soissons para procurar hacer la guerra al embajador de Francia en el corazon de la reina, la excitación del Austria, tenía un motivo mas poderoso, un motivo personal. La condesa, á pesar de sus numerosas galanterias, habia quedado inconsolable por la infidelidad de Luis XIV. El corazon de una muger se consuela de la pérdida de un amor con otro amor, pero cuando el amante es un rey, nada puede compensar la vanidad, el orgullo que se tiene en aquella pasión. El pensamiento de contrariar á Luis XIV en su política dominando á su embajador, habia excitado el orgullo de la linda condesa: el mérito, las gracias de



Rebenac, habian completado la seducción. La condesa de Soissons estaba enamorada del conde de Rebenac!

III.

Llegó el día en que el conde de Rebenac fué solemnemente recibido por Carlos II. Después de haber hablado al rey, palideció su rostro, tembló cuando la reina le

presentó su mano para besarla. Cogió con su mano helada aquella mano suave, puso en ella sus ardientes labios, y al alzar sus ojos para mirar á la reina, la turbación estuvo á punto de vender su secreto, pero se retiró al momento respetuosamente bajando los ojos para no ver nada mas, después de haber contemplado un momento aquella adorada imagen.

La reina, la corte toda, atribuyeron el embarazo, la



cortedad del embajador francés, á lo imponente de la recepcion, á lo grandioso de la ceremonia.

En vano la condesa de Soissons, colocada detrás del trono apoyada sobre el respaldo de la silla de la reina madre, agitaba con coqueta veleidad su bellísima cabeza, haciendo chispear los diamantes con que se hallaba elegantemente adornada; ninguna mirada, ningún saludo la hizo conocer que Rebenac había reparado en ella.

Cuando el embajador de Austria días antes había sido recibido, la reina le había hablado, ahora callaba, y un sonrosado carmin animaba su rostro. Entonces el conde de Monterey había palidecido al aproximarse á la reina el embajador de Austria, porque los dos la amaban, y los galantes cuidados de Mansfeld habían excitado los celos de Monterey.

Las almas puras, á pesar de su poca desconfianza, tienen una especie de instinto preservador que las salva á veces de la maldad y de la perfidia, cualquiera que sean las armas que emplee la seducción. Maria Luisa, hacia justicia á las brillantes cualidades del conde de Mansfeld, pero veía sin la menor emocion todos los esfuerzos que hacia por aparentar disimular su involuntario amor. Asustábase solo del gran favor que gozaba con el rey, de las prerrogativas que le daba su título de plenipotenciario del pariente más próximo de Carlos II, título que le autorizaba para venir todos los días á palacio, asistir á las comidas reales, y aprovechar todas las ocasiones, de hacer comprender á la reina por palabras indirectas una adoracion muda, un amor cuya confesion no se atrevia hacer.

Maria Luisa tenia el presentimiento sin saber por qué, de que aquel hombre le habia de ser funesto. Así es, que aunque Mansfeld empleaba todo su crédito con el rey en aliviar la triste situacion de la reina, en que fuese complacida en todos sus deseos; á pesar de tantos títulos á su reconocimiento, Maria Luisa, esa muger angelical, incapaz de aborrecer á nadie, odiaba al embajador austriaco. ¡Ah! el corazon de una muger se engaña pocas veces! Bajo tanta ternura, tanto celo, tantos cuidados, se ocultaba una horrible traicion.

Rebenac era menos soñático, pero Maria Luisa experimentaba al oírle una emocion tan viva, tan dulce, pero que no podia comprender. Era la impresion de un fuego cuya llama no se ve, pero cuyo calor penetra sin saberse la causa; es la influencia de un sentimiento verdadero y puro sobre un alma cándida y angelical, es la fiebre cuyo contagio se propaga á despecho de todas las precauciones de la sabiduria.

La condesa de Soissons, toda consagrada á los intereses del Austria, en vano habia empleado todos los medios de dañar á Rebenac en el ánimo de la reina: todas las artes de agradar para atraerse el corazon de éste.

Rebenac prodigaba el oro para saber el secreto de los manejos de Mansfeld y la condesa; pero nada podia descubrir. Era preciso que ella misma lo revelase, y ella estaba demasiado comprometida por las magnificas promesas del Austria. Rebenac conocia la pasion que habia inspirado, pero el amor que hace dueño al hombre amado del corazon de una muger pura, y le permite leer en él hasta sus menores secretos, en una cortesana como la condesa, es solo una serie de placeres en que se embriagan los sentidos y en que las almas no tienen expansion alguna. Rebenac sentia ademas una repugnancia, un odio invencible hacia la cómplice de la execrable envenenadora que habia aterrado la Francia.

Tembló Rebenac al recibir un perfumado billete en que la condesa de Soissons le suplicaba fuese á hablarla con el mayor secreto á una casa en uno de los mas apartados y solitarios barrios de la corte. Dudó mucho tiempo, pero hombre de corazon y deseoso de descubrir algo que pudiera ser útil al idolo, objeto de todos sus cuidados, acudió á la cita.

Tomó su espada, envolviéndose en una ancha capa y se dirigió á donde le esperaban. Llovía como si el diluvio amenazase otra vez sumergir la tierra, el viento bramaba haciendo chocar entre sí las tejas, y las canales arrojaban torrentes de agua con espantoso ruido. Llegó á una casa de humilde apariencia, dió dos golpes con el pesado aldabon, y bajaron á abrirle. Entró en una sala ricamente amueblada, y halló en ella á una joven belga, Carolina, camarera de la condesa, confidenta de sus amores sin duda, y la única persona de su servidumbre á quien trataba con intimidad.

El conde de Rebenac tuvo que aguardar la llegada de la condesa: como hombre de mundo y de talento, entró en conversacion con la linda camarera, le dirigió mil galantes espresiones, y aquella pobre muchacha, á quien el espejo habia revelado que era bastante linda para poder excitar el amor caprichoso de un poderoso caballero, oyó las insinuantes palabras de Rebenac.

—Olvidais señor conde, que puede de un momento á otro venir la condesa? dijo bajando los ojos con afectada modestia.

—Pues que Dios ha criado la belleza, por qué prohibir que la amemos? es su mas perfecta imagen.

—¿Y la condesa?

—Cuando estoy sentado junto á ti, cuando mi mano tiembla estremecida al tocar tu mano, cuando tus hermosos ojos azules me miran lánguidamente con ese rayo de luz en que se respira la alegría de los ángeles, no, Carolina, no puede nadie preferir á la condesa de Soissons!

—Capricho de un gran señor que entretiene el tiempo que le hace aguardar mi señora.

—¡Capricho! replicó afectando la mas vehemente pasion el diestro embajador. Yo he venido solo á la cita que me ha dado la condesa, porque deseaba verte, porque contaba de este modo poder hablarte... ¿Viene amenudo á verla el conde de Mansfeld?

—¿Olvidabais á la condesa y me preguntais como un celoso!

—No son celos, deseo conocer solo las relaciones intimas de la condesa. ¿Quién acompaña á Mansfeld?

—Un viejo alemán que dicen sabe hacer oro, un alquimista.

El ruido de un coche que venia por aquellas desiertas calles, cortó esta conversacion demasiado interesante para Rebenac.

Rebenac era rico, joven y hermoso; íbale mas que la vida en conocer á fondo los proyectos del Austria. Prometió riquezas, rogó, fingió hábilmente un violento amor, y despues de dar un beso en la frente de Carolina,

—Sois encantador, le dijo ésta, porque es imposible no hacer lo que quereis. Si la condesa supiese que me habeis hablado de amor, me mataria. Para que nadie en la casa sospeche nada, cuando os vayais subid arriba, allí encontrareis abierta la puerta de mi cuarto, cerrad por dentro... ¡Silencio!... Pueden oírnos. La condesa sube.

Así era; la condesa de Soissons llegaba muy pesada de que la madre de Carlos II la hubiese detenido tanto tiempo. Retiróse Carolina, pero procuró acechar tal vez por la primera vez á su ama, que los celos así se albergan en los pechos de las poderosas señoras como de las humildes camareras.

La condesa de Soissons estuvo amable, desplegó cuantos recursos le ofrecia su insinuante coqueteria; pero todo se estrelló en el carácter severo que desplegaba Rebenac, procurando hablarle de asuntos políticos aunque distantes del que tanto le ocupaba, cuando ella procuraba traer la cuestion al terreno de los amores. Juzgó la condesa que preocupado Rebenac seria mas sensible á sus gracias en otra entrevista. Por su parte Rebenac

veía que había conseguido su objeto aunque por distinto rumbo. Despidiéronse cortesmente y como leales amigos. Rebenac se dirigió á la puerta y sin salir cerróla misteriosamente y subió al cuarto de la linda Carolina. Allí pasó las primeras horas de la noche. Mansfeld vino pocas horas después y se encerró con la condesa de Soissons. Un viejo alquimista alemán llegó también y habló con Mansfeld largo rato.

Rebenac asido del brazo de la hermosa Carolina, escuchaba á la puerta... A sus oídos llegaron palabras que le hicieron estremecer....

Rebenac por amor de la reina se había olvidado un momento de ella en los brazos de la linda camarera....

Esta que no comprendía la causa de su ventura, le dijo al verle demudado ahora.

—¿Por qué tiembla vuestra mano, por qué estrechais con horror la mía? ¡Ah! no será verdad que me amais ¿os habeis arrepentido?

—¡Jamás!

—¿No os acordais de mí con pesar?

—¡Al contrario, con la alegría de un ángel que vuela al seno del Señor!!!

Rebenac salió de aquella terrible casa. Había faltado un momento al ídolo de su amor, al que formaba el culto de su corazón, pero había adquirido todos los medios de protegerle y de salvarle!!!



IV.

La enfermedad del rey lejos de curarse hacía visibiles progresos. Una fiebre lenta aumentaba su debilidad. Trasládose al palacio del Buen-Retiro porque el aire embalsamado con los aromas de las plantas de los jardines, era mas puro que el que se respiraba en el magnífico y régio alcazar de Madrid.

La reina María Luisa habitaba con gusto el Retiro, porque allí la etiqueta era menos severa que en Madrid, podía libremente pasear seguida de sus damas por las espaciosas calles de sus amenos jardines. Los embajadores venian al Retiro á hacer su corte á los reyes sin mas necesidad que anunciarse á su llegada. El embajador de Francia podía ver á la reina todos los dias, siéndole permitido hablarla en presencia de la camarera mayor. Cuando se trataba de una comunicacion de familia, ó de entregarle cartas de parte de Luis XIV, ó de los príncipes de Francia, la camarera mayor y las damas tenían órden de retirarse discretamente á la estancia inmediata, si bien dejando abiertas de par en par las mamparas. Podía el embajador hablar libremente á la reina, aunque sin verla jamás sola.

La jóven reina en el paseo, en su estancia, tenía siempre tras sí una comitiva importuna, inevitable; no podía

admirar los jardines, meditar en su morada, ó llorar sino delante de testigos; suplicio cruel que acibara todos los encantos, todos los placeres que pueda tener la magestad!

La condesa de Soissons para mejor servir al embajador de Austria, había intimado sus relaciones con la duquesa de Albuquerque, la camarera mayor. Protegida por ésta, la condesa veía á todas horas á María Luisa. El conde Mansfeld instó fuertemente á la condesa para que aprovechando la confianza que la dispensaba la reina, la hiciese comprender con la mayor delicadeza posible, los irrevocables proyectos de la política austriaca. La preocupación de que hacía dias se hallaba poseída la reina, y que Mansfeld interpretaba á su favor, esa emoción que sienten algunas veces las mugeres, sentimiento mudo cuya causa se ignora, pero que nace del corazón, esa melancólica meditación á que se abandonan para preservarse de una impresion mas dulce, todo hizo creer á Mansfeld que era llegado el momento oportuno de cumplir su misión.

Era un sábado. Antes de pasar, segun la antigua costumbre conservada aun hasta hoy, á la iglesia de Atocha, á la solemne salve que se cantaba á la milagrosa imagen de la Virgen que se venera en este suntuoso santuario, objeto de la predilección de los monarcas españoles, y muy especialmente de los de la casa de

Austria, el rey y la reina madre, con los embajadores de Austria y Francia, salieron a dar un paseo a pie por los jardines del Retiro, en los que había puerta de comunicacion para ir al convento de Atocha.

La reina Maria Luisa, seguida de la condesa de Soissons, de la camarera mayor, y de sus damas, salió tambien por los jardines dirigiéndose hacia la puerta que comunica con Atocha, donde debía reunirse con el rey para entrar juntos a orar en la iglesia. Durante el paseo la condesa de Soissons no cesó de hablar animadamente en francés con la reina. La duquesa de Albuquerque no sabía este idioma, y como no comprendía nada de la conversacion que alternativamente hacia palidecer y cubria de encendido carmin el rostro de la reina, en la que no era nuevo, y aun le agradaba el hablar en el idioma de su país, travó conversacion con el caballero mayor.

La condesa libre entonces del temor de ser oída, repitió a la reina, cuanto juzgó mas a propósito para secundar las miras ambiciosas y pérdidas de Austria.

Asombrada de indignacion la reina, no contestaba nada, y aun seguía hablando la condesa de Soissons, cuando el rey y los embajadores llegaban a su encuentro.

Chocó mutuamente a unos y a otros la mortal ansiedad que se pintaba en los semblantes de la mayor parte de ellos.

Mansfeld fijaba alternativamente en la condesa y en la reina una mirada investigadora; la reina y la condesa trataban de adivinar la alteracion de las facciones de Rebenac y la dolorosa expresion que se pintaba en sus ojos, revelando a su pesar la mas terrible inquietud. No era un amor ardiente y resignado, no eran los tormentos de una pasion sin esperanza lo que se leía en los ojos de Rebenac, eran si, la contraccion del miedo, la sonrisa de la cólera, la prevision de una desgracia!

Maria Luisa aunque dominada de los violentos sentimientos que habia hecho nacer en su alma para la reciente conversacion con la condesa, adivinó que la turbacion visible de Rebenac era porque Rebenac temblaba por ella; y sin embargo, el embajador francés no habia pronunciado ni una sola palabra que revelase su temor; pero hay convivencias súbitas, inexplicables, de que Dios solo conoce el secreto. Diríase que al sembrar Dios las ideas en el corazón de los humanos, las cria tambien gemelas, que por distantes y separadas que estén, tienden siempre a reunirse; personas que apenas se conocen, piensan lo mismo, se comprenden sin haberse explicado, se compadecen sin haberse jamás comunicado sus penas. Verse solo, basta para establecer la comunicacion

entre dos almas cuando Dios las ha dotado de esta misteriosa atraccion, que llama el mundo simpatia, y que es un lazo con que las estrecha la voluntad divina.

Reunidos el rey y la reina, bajaron desde los jardines del Retiro al convento de Atocha. Recibiéndolos allí la comunidad de frailes dominicos y los condujo bajo el pábulo a la iglesia. Postráronse de rodillas ante las gradas del altar. Detrás de ellos colocáronse los embajadores y la comitiva.

Carlos II oraba sin distraerse, sin alzar los ojos de suelo. El conde Mansfeld no podia dominar su impaciencia, se levantó del lado del rey y fué a hincarse de rodillas al lado de la condesa de Soissons detras de la reina. Con la cabeza baja y en la actitud mas devota, cambiaron entre si estas pocas palabras:

—¿Cómo os ha oído?

—Mal.

—¿Qué ha respondido?

—Nada.

—¿Qué podemos esperar?

—Todo.

—¿Qué! a pesar de....

—Silencio! nos están mirando!

Cien voces robustas de los hijos del patriarca Domingo, entonaban la salve a la reina de los angeles.

Terminadas las oraciones, en el momento en que el rey hablaba con el prior de los dominicos, que con el resto de la comunidad iba a despedirlo a la puerta del templo, Rebenac, que habia observado a la condesa y a Mansfeld, y que por la bella camarera seguía sabiendo lo que esta podia penetrar de sus proyectos, llegóse a la reina, y fingiendo con la mano enseñarla un bello cuadro que se hallaba en una capilla, la dijo en voz muy baja.

—Es preciso que yo hable a V. M.... es un aviso urgente del rey mi amo.... que me previene....

—Después de la cena del rey, id a mi cuarto.... le interrumpió la reina.

—¡Por Dios! señora no comais nada en la cena mas que frutas....

Rebenac se alejó inmediatamente del lado de la reina para colocarse al del rey, sin atreverse ni aun a mirar el efecto que sus terribles palabras debían haber producido en aquella muger que reinaba sobre su alma, que era el ídolo que embriagaba de amor su imaginacion!!!

(Se continuará.)

J. M. MALDONADO, CONDE DE FABRAQUER.



VISTA DEL EMBARCADERO DEL RETIRO.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DEL MIÉRCOLES DE CENIZA

Y DE LA CUARESMA.



dice el Diccionario de la lengua española, «que el Miércoles de ceniza es la feria 4.^a de la Quinquagesima, en que la iglesia celebra el poner la ceniza a los hombres en la cabeza y a las mugeres en la frente, para acordarnos que somos polvo.» Al efecto se saca la ceniza de los ramos de oliva y flores benditas que sirvieron en la festividad del Domingo de ramos del año anterior, y se coloca en una naveta ó vaso plano. Antes de empezarse a celebrar los santos misterios, revestido el sacerdote de telas lugubres, se pone de pie sobre los escalones del altar, y recitando oraciones del ritual, bendice la ceniza. Los fieles se prosternan a cada misa ante el sacerdote y tomando éste la ceniza que le presenta el acólito, con sus dos dedos, traza una cruz sobre la frente de cada uno de ellos diciendo: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*, que fué el anatema que oyó pronunciar Adán sobre sí después de su pecado. Dicen algunos autores que esta práctica religiosa tuvo origen en los penitentes de los primeros tiempos del cristianismo, los cuales se presentaban en este día a la puerta de la iglesia con trages de mortificación y con la cabeza cubierta de ceniza. En los tiempos antiguos se tenía por causa de alegría y de prosperidad el llevar aseado el traje, labarse el cuerpo y el perfumarse con bálsamos la cabeza; y de profundo dolor, el rasgarse el vestido, echarse en tierra y revolcarse en el suelo. Esto suele verse naturalmente en los niños, aldeanos y gentes poco civilizadas, las que cuando experimentan una desgracia, se entregan violentamente a los impulsos de la naturaleza, de lo que nos habla Job, en el libro de los Reyes, los Profetas y aun el mismo Evangelio.

Los antiguos orientales espresaban su dolor en las calamidades públicas, sentándose en tierra sobre ceniza y echándose puñados de ésta sobre la cabeza, de cuya costumbre se origina, según el obispo *Torres Amat*, la frase de *comer el pan con ceniza*, aludiendo a la que caía de la cabeza. Para espresar David su amargo dolor, dice en el Salmo CI, versículo 10, que *comía el pan con ceniza*. Vendrá de aquí el proverbio burlesco de *los duelos con pan son menos*, en la significación que le damos? Se sabe también que los antiguos cocían su pan sobre la ceniza, y que en las ocasiones de luto ó de dolor, no le quitaban la ceniza que se pegaba a la masa, sino que se comía con ella.

A fin de purificar a los que tocaban a los muertos ó asistían a los funerales, hacían los antiguos una leña

de cenizas de una ternera, que se sacrificaba el día de la Gran Espiación. No vacilamos en creer que de estas prácticas hebreas y gentílicas que acabamos de espresar, se haya originado la costumbre cristiana de la imposición de la ceniza, para recordarnos nuestro fin, a la terminación de una orgia popular como la del carnaval, y a la entrada del santo y contemplativo tiempo de la Cuaresma. Empero, bien como reminiscencia favorable del gentilismo, bien como invención cristiana, lo cierto es, que en la primitiva iglesia, ponía el obispo un poco de ceniza en la frente del pecador al principio de su penitencia, de lo que provino el que el concilio de Benevento mandase en 1091 a los fieles, fuesen a recibir la ceniza a la iglesia el día primero de la Cuaresma.

Algunas comunidades monásticas se acostaban sobre camas de ceniza para hacer penitencia, y los trapenses ponían a sus hermanos, poco antes de morir, en la iglesia sobre una cruz de ceniza, a fin de recordarles su origen y en lo que habían de convertirse. Algunos reyes cristianos para espresar su humildad, el desprecio que hacían de las vanidades mundanas y hacer penitencia, se cubrieron la cabeza de ceniza, y debemos recordar con orgullo los españoles al glorioso rey San Fernando, que oró de este modo en la iglesia mayor de Sevilla, a la que se hizo conducir poco antes de morir, dando a los hombres un ejemplo de humildad y de piedad cristiana.

Ciertamente que el contemplativo y profético Miércoles de ceniza, ofrece un contraste bien singular después de la espantosa orgia del carnaval que acaba en su misma aurora, en la que se hermanan por decirlo así, la vida y la muerte. Pero lo que apenas se concibe es, que haya podido inaugurarse en un pueblo cristiano como Madrid, la costumbre de suspender la fiesta de carnaval para tomar la triste ceniza, y volver a la báquica fiesta del entierro de la sardina (de que hablamos en aquel día el año pasado) por la tarde. Alguna práctica tal vez santa y loable en un principio, debe haber degenerado en esta punible y lamentable que ha llegado hasta nosotros. Lo cierto es que no de ahora, sino de tiempos mas remotos, y en los que había un tribunal para velar la integridad de la religion y desterrar costumbres irreligiosas, se acostumbra en Madrid a hacer gala de la licencia y de la gula, en el primer día del tiempo de la penitencia, de la compostura, de la oración y de la abstinencia. La civilización del pueblo que va en progreso ascendente, acabará con tan ridícula farsa que desdice de nuestro piadoso carácter, máxime, si lejos de tratar de reprimirla violentamente, lo que no la evitaria sino por intervalos, se la ridiculiza y desprecia por escritores sabios.

Llábase Cuaresma a la época de contemplación y de abstinencia cristiana que empieza el día Miércoles de ceniza y sigue por cuarenta dias hasta la Pascua. Algunos autores hacen institutores de ella a los apóstoles, si bien no falta quien haya sentado, que los primeros cristianos se impusieron este deber a fin de imitar la mortificación del Señor, de los cuarenta dias que ayunó en el desierto, los cuales solo hacían una comida después de ponerse el sol, costumbre que ha moderado la iglesia siendo mas tolerante.

Casi todos los pueblos y religiones observan estos

ayunos ó abstinencias anuales en la misma época ó poco mas ó menos cercana á ella, porque los legisladores la consideraron, tal vez como una necesidad higiénica, á fin de preparar al cuerpo á la efervescencia de la primavera.

La duración de la Cuaresma nunca fué ni es hoy igual en todas partes: constó de seis semanas en Egipto, Alejandria, Egipto, en toda el Africa y en Palestina, exceptuándose de estos dias la Pascua. En Constantinopla y en todo el Oriente, se computó de siete semanas. La iglesia griega la contaba desde el Domingo de la quinquagésima ó domingo que nosotros llamamos Gordo. Los antiguos monges latinos, observaron tres cuaresmas decuarenta dias cada una, á saber: la 1.^a antes de la Pascua, la 2.^a antes de la fiesta de San Juan Bautista, y la 3.^a de Navidad: los monges griegos cuarenta, la 1.^a de los apóstoles, la 2.^a de la Asuncion, la 3.^a de Navidad, y la 4.^a en la Pascua; pero cada una de estas cuaresmas solo tenia siete dias. Los jacobitas, los caldeos y los nestorianos, unian á aquellas una 5.^a cuaresma que llamaban de la penitencia de Ninive, y los maronitas otra ademas en honor de la exaltacion de la cruz.

Poco debia guardarse la abstinencia en la Cuaresma bajo el imperio de Carlo-Magno; cuando este principe cristiano, segun se vé en el tomo 1.^o, página 251 del Capítular régio francés, impuso el año 789 de Cristo, pena de la vida al que comiese carne en la Cuaresma *en menosprecio y burla de la religion*. Esta ley fué reproducida en el siglo XVI por Enrique IV, el cual antes de esta época, habia sido el mayor amigo de los protestantes que peleaban por la libertad de la conciencia; pero en esta reproducción de la ley se imponia pena de muerte al que vendiese la carne en Cuaresma, y solo multa y prision á los que la comiesen: es singular que dictase esta sentencia precisamente un rey que segun los historiadores, hizo matar treinta mil sajones bajo el pretexto de heregia. En los tiempos á que aludimos, se hacian en Francia visitas domiciliarias para ver si se observaba la Cuaresma; pero como en todo, estas alcanzaba solo al pobre, que pagaba la necesidad como delito, en tanto que el rico se mofaba de la ley y hacia su gusto, contentándose ésta con que pagase alguna que otra multa cuando sus demasias eran muy publicas.

Así como en Francia, se guardó siempre en España la abstinencia de carne durante la Cuaresma, pero si bien las leyes eclesiásticas fueron sobre este particular las mismas que en toda la cristiandad, las humanas

nunca fueron tan severas y crueles como las que hemos citado, sin duda porque la proverbial y nunca desmentida religiosidad de los españoles, ha sido causa de que observen la abstinencia en la Cuaresma en lo antiguo con la mayor escrupulosidad.

Fué costumbre antigua en España el hacer el Miércoles de ceniza una enorme vieja de carton ó de papel consiete piernas escualidas y enjutas, en la que simbolizaban los profanos á la Cuaresma y sus siete semanas; uso que ha llegado casi hasta nosotros. La espresada vieja se conducia en Madrid en el entierro de la sardina, después del cual se la coronaba por la noche, y como reina que empezaba á imperar, se la ponía un cetro de espinacas y cubria con un gran manto negro. De este modo, y entonando cánticos fúnebres, se la conducia del campo de la fiesta á la villa, acompañada de luces en hachones, y al llegar á la Plaza Mayor se apagaban estos y terminaba la fiesta báquica, haciendo todos propósito de no volver á reunirse en alegre diversion hasta que no perdiese la vieja todas sus piernas, en cuyo caso se la cortaria la cabeza en igual algazara, lo que se verificaba el Sábado santo al toque de gloria, en festividad de la Resurreccion del Señor, como diremos en el artículo de la Pascua que seguirá á éste en el próximo número. Colgada la vieja en las casas el sábado de cada semana de Cuaresma, se cortaba á la vieja simbólica una pierna, y así se la iba mutilando hasta no dejarla ninguna; de suerte que la figura venia á ser un barómetro por el que se conocia el tiempo de abstinencia que faltaba. Cuando la fiesta del glorioso San José no caia en la Semana santa, se acostumbra por los jóvenes bulliciosos á suspender la seriedad de la Cuaresma, interrumpiéndola para dar lugar á la diversion, y así es que en este dia y su noche hasta las doce, se daban bailes y celebraban dias de cumpleaños y fiestas que se habian suspendido por guardar la abstinencia, siendo de notar que para estas diversiones cuidaban de esconder la vieja, accion que manifiesta lo que respetaban aquellos mismos la santidad y gravedad de la época que ellos querian suponer podian olvidar por un momento no teniendo presente el simbolo que la representaba. Otras varias costumbres pudiéramos citar, pero perteneciendo tambien á la de la Pascua, alli las espresaremos, así como los bandos que se publicaron en varias ocasiones para evitar los excesos que solian cometerse en semejantes diversiones.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.



ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL COYPOU.

Linneo reunió bajo la denominación de ratones á casi todos los animales roedores; mas posteriormente han sido clasificados aparte aquellos que aunque de igual organización dentaria que los ratones, debían separarse á causa de sus demás caracteres.

Hállanse, pues, por lo tanto entre los roedores, los *coypos* ó *coypous*, cuyos pies traseros están adheridos á unas membranas, y pueden hacer el oficio de remos como las patas del anade y del castor. Aseméjase ciertamente á este animal el coypou, en cuanto á sus hábitos; pues á la manera que aquel, tiene una especie de pelo largo colocado al exterior, y otra de pelo mas corto, fino, se loso y tupido.

Como puede haber visto tal vez, alguno de nuestros lectores, cabezas y pieles enteras de coypou en las mangutierias, conviene decir que su color varía con frecuencia; unas veces es oscuro en el dorso, de un rojo vivo en los costados, y moreno claro debajo del vientre; otras veces el color general moreno está lleno de anillos de color mas oscuro; otras el fieltro oculto debajo de los pelos largos, es de un oscuro ceniciento, mas claro debajo del vientre; á veces, en fin, el pelo es completamente descolorido por efecto de la enfermedad albina. Mas sea lo que quiera, en cuanto á estos accidentes de color, es muy facil reconocer al coypou en

su cabeza ancha y deprimida, lo mismo que las de las ratas de agua, castores, etc.; sin embargo, el hocico es menos obtuso, el cuello corto y grueso, las orejas pequeñas y redondeadas, los pelos del hocico largos, recios y espesos, la cola casi del largo del cuerpo, perfectamente redondeado y que concluye en punta.

Hace mucho tiempo que las pieles de coypou se han llevado á Francia en gran número, por la vía de España, y se han empleado en la fabricacion de sombreros llamados *racoon*. Seria necesario hacer sinónimos los nombres de coypou y *racoon*, y añadirles aun otros muchos con que los viajeros, traficantes y naturalistas han designado al mismo animal. Por esta razon el famoso viajero de Azara, excelente observador, le ha llamado *qucuia*, del nombre que lleva en Tucuman, y así tambien el sabio naturalista Mr. Geoffroy de Saint-Hilaire, dió á los animales de este género el nombre de *hydromis*, bajo el que deberá buscarse en muchas obras de historia natural.

Terminaremos diciendo que el coypou habita en las orillas de las aguas; emigra á veces á países muy distantes en busca de otros rios; escava con su fuertes uñas su madriguera en la parte mas baja de la orilla, y come todas las sustancias vegetales que se le ofrece cuando está domesticado, en cuyo estado es sumamente manso.

Hállasele con bastante frecuencia en las inmediaciones de Buenos Aires y en el Tucuman, y es bastante raro en el Paraguay.



EL COYPOU.